

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año XLIII
NUMEROS 667-669
BARCELONA
OCTUBRE-DICIEMBRE
1986

SUMARIO

Fidelidad a una misión sagrada
J.M.P.S.

Carta del Santo Padre Juan Pablo II al preósito general de la Compañía de Jesús

Carta de Pablo VI sobre la devoción al Corazón de Jesús

El Corazón de Jesús y la propagación de su devoción por la Compañía de Jesús

El «Encargo suavísimo» del Sagrado Corazón a la Compañía de Jesús

Juan Manuel Igartua S.I.

El mensaje de Sta. Margarita María Alacoque

Alocución de Juan Pablo II

El Corazón de Jesús y las familias cristianas

Homilía de Juan Pablo II

El Corazón de Jesús fuente de amor y de unidad familiar

Mons. Eduardo Gagnon,

Presidente del Consejo

Pontificio para la Familia

Oración y vida familiar

fragmentos de la Familiaris

Consortio de Juan Pablo II

Relaciones entre el Corazón de Jesús y el matrimonio

fragmentos de El Corazón

de Jesús y la divinización

del cristiano del P. Enrique

Ramière

Proceso de beatificación del P. Pedro Legaría

Próxima beatificación de tres carmelitas descalzas

Fray Antonio Royo Marín, condecorado por Juan Pablo II

Ignacio Azcoaga

María y el Corazón de Jesús

Invocaciones de Juan Pablo II en Paray-le-Monial

ADMINISTRACION:

Lauria, 19, 2.º, 1.ª - 08010

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

FIDELIDAD A UNA MISION SAGRADA

Su Santidad Juan Pablo II entregó el pasado día 5 de octubre una carta al P. Peter Hans Kolvenbach, preósito general de la Compañía de Jesús, para recordarles y estimularles a cumplir el encargo que los jesuitas tienen de difundir y promover por todos los medios, también hoy —y más que nunca— la devoción y culto al Corazón de Jesús. Por su expresa publicidad el acto del Papa se convierte en un acto de magisterio ordinario. Por ello también, tomar meramente este documento como una «amonestación» a la Compañía que, como dice el Papa en la misma carta, tanto hizo por propagar este culto, es una visión periodística y hasta sensacionalista, que no siente ningún verdadero devoto del Corazón de Jesús.

En la Iglesia hay bienes espirituales universalmente válidos para todo fiel aunque, por un carisma particular, le sea concedido a alguien ser especial propagador de este bien universal. Y ello por razones intrínsecas respecto a la vocación de quien recibe el encargo. En este caso, por tener los jesuitas como propio, según escribió S. Ignacio, «un conocimiento interno de Jesucristo» como les recuerda el Papa y había escrito en su día el General P. Roothaan. A la Compañía de Jesús le está *reservada*, según palabras textuales de Sta. Margarita, como especial predilección del amor de Dios, ser adalid en la propagación de esta devoción. El conocimiento interno del Señor es amor y el amor ha de provenir de la misma fuente de amor, porque es algo que está por encima de toda especulación y de toda acción. Esta fuente de amor —el Corazón de Jesús es ante todo fuente y río, como lo dice Sta. Margarita— nos recuerda tanto la intensidad de su amor, como su carácter de suavidad, como su nota de misericordia, como, sobre todo, y por todo lo anterior, de confianza. Confianza que, en tanto que confidencia y participación, pide también reparación.

Si nos detenemos en la consideración eclesial y en concreto en la consideración de la Compañía de Jesús de modo expreso, podemos comprobar que la fidelidad a esta revelación ha llegado a ser característica de la eficacia apostólica y fecundidad sobrenatural. Más aún, apartarse de este don, despreciándolo o simplemente olvidándolo, cae de lleno en el lamento del mismo Señor Jesús, según lo expresó a Sta. Margarita y de hecho no produce más que esterilidad, cuando no incluso «autodemolición», por emplear la expresión de Pablo VI. De las cosas espirituales hemos de juzgar siempre según la advertencia evangélica: por sus frutos los conoceréis.

En la vida de la Iglesia, humanamente hablando, hay un general descenramiento que abarca desde la doctrina teológica hasta la praxis eclesial. Esta vida quedaría inmediatamente centrada al atender a esta devoción, a sus manifestaciones y a sus formas, superando falsas objeciones que ya fueron refutadas por Pío XII en la encíclica *Haurietis Aquas*. Se trata meramente de una cuestión de Providencia divina que vela sobre su Iglesia. En efecto, las revelaciones del Sdo. Corazón a Sta. Margarita fueron la respuesta a la frialdad y rigorismo que caracterizaba la herejía jansenista. Dios aprovecha siempre el mal para manifestar más plenamente la primera y única verdad: su amor misericordioso. Reconozcamos a este respecto que, por encima, o por debajo, de aparatosas desviaciones, abandonos e incluso tergiversaciones flagrantes, lo que caracteriza a parte de nuestro clero (teólogos y predicadores) es una decantada tendencia a hermanar el rigorismo, manifestado en un elitismo, y la frialdad, manifestada en una pérdida positiva del valor de la contemplación. Todo ello lleva a un antropocentrismo social e individual del que surge la tentación marxista y materialista.

Lo urgente en nuestro tiempo es entonces esto: aceptar estas especiales manifestaciones del amor de Dios hechas en la historia, y usando el método evangélico de revelarse a los sencillos. Todo ello para *permanecer EN LA VERDAD*. Cuando, por el contrario, se oye decir, que no necesitamos «revelaciones privadas» (que la Iglesia, sin embargo, eleva a la categoría de enseñanzas universales, por su fiabilidad y su contenido) porque «ya tenemos el evangelio» (interpretado, por otra parte, al margen del Magisterio) uno recuerda inmediatamente, sin quererlo, a los fariseos proclamando frente a Jesús «tenemos a Moisés». Pero Moisés y los Profetas daban testimonio de Jesús, como el único y definitivo evangelio proclamado por Jesús da testimonio del amor de su Corazón. Por ello Pío XII decía en la mencionada encíclica: «el culto al Corazón de Jesús es la profesión más completa de la fe cristiana». Por eso también Juan Pablo II escribe concretamente en esta carta: «Los abundantes frutos espirituales que ha producido la devoción al Corazón de Jesús son bien reconocidos. Expresándose sobre todo mediante la práctica de la hora santa, de la confesión y comunión en los primeros viernes de mes, ella ha contribuido a incitar a generaciones de cristianos a orar más y a participar más frecuentemente en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Se trata de caminos que es de desear se propaguen también hoy a los fieles».

En este número de CRISTIANDAD deseamos además hacer hincapié en la íntima conexión que debe haber entre la familia cristiana y la devoción al Corazón de Jesús, en la línea de la homilía del Papa en Paray-le-Monial, expresada sobre todo en la oración y la consagración, a fin de que por las familias cristianas se realicen los deseos de Juan Pablo II: «sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la tan deseada civilización del amor, el Reino del Corazón de Cristo».

J. M.^a P. S.

Juan Pablo II en Paray-le-Monial

Carta del Santo Padre al prepósito general de la Compañía de Jesús,
entregada en la capilla del Beato Claudio de la Colombière, día 5 de octubre de 1986

LA DIFUSION DEL CULTO AL CORAZON DE JESUS CONFIADA A LOS JESUITAS

Al Rvdo. P. Peter Hans Kolvenbach, Prepósito de la Compañía de Jesús.

En mi peregrinación a Paray-le-Monial, he querido venir a orar a la capilla donde se venera la tumba del Beato Claudio de la Colombière. El fue «el siervo fiel» que el Señor, en su amor providencial, concedió como director espiritual a Santa Margarita María de Alacoque, fue esto lo que le impulsó a ser el primero en difundir su mensaje. En pocos años de vida religiosa y de ministerio intenso, se reveló como un «hijo ejemplar» de la Compañía de Jesús a la que, según el testimonio de la misma Santa Margarita María, Cristo había confiado el encargo de difundir el culto a su Corazón divino.

Sé con cuánta generosidad la Compañía de Jesús ha acogido esta admirable misión y con cuánto ardor ha buscado cumplirla lo mejor posible en el curso de estos tres últimos siglos: ahora bien, deseo, en esta ocasión solemne, exhortar a todos los miembros de la Compañía a que promuevan con mayor celo aún esta devoción que corresponde más que nunca a las expectativas de nuestro tiempo.

Efectivamente, el Señor en su Providencia quiso que en el umbral de los tiempos modernos, en el siglo XVII, partiese de Paray-le-Monial un poderoso impulso en favor de la devoción al Corazón de Cristo, bajo las formas indicadas en las revelaciones recibidas por Santa Margarita María; sin embargo, los elementos esenciales de esta devoción pertenecen de manera permanente a la espiritualidad propia de la Iglesia a lo largo de toda la historia. Pues desde el principio la Iglesia ha dirigido su mirada hacia el Corazón de Cristo traspasado en la cruz, del cual brotó sangre y agua, símbolo de los sacramentos que constituyen la Iglesia. Y, en el Corazón del Verbo encarnado, los Padres de Oriente y de Occidente cristianos han visto el comienzo de toda la obra de nuestra salvación, fruto del amor del Divino Redentor del que este Corazón traspasado es un símbolo particularmente expresivo.

El deseo de «conocer íntimamente al Señor» y de «mantener un diálogo» con El, corazón a corazón, es característico, gracias a los ejercicios espirituales, del dinamismo espiritual y apostólico ignaciano, todo él al servicio del amor del Corazón de Dios.

El Concilio Vaticano II, al recordarnos que Cristo, Verbo encarnado, nos «amó con corazón de hombre», nos asegura que «su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, difunde luz, vida y libertad para el progreso humano y, fuera de El, nada puede llenar el corazón del hombre» (cf. **Gaudium et spes** 22). Frente al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino,

a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo. Así —y ésta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador— sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, podrá levantarse la tan deseada civilización del amor, el Reino del Corazón de Cristo.

Así como el año pasado, con ocasión del Congreso del Apostolado de la Oración, os confié especialmente esta obra estrechamente ligada a la devoción al Sagrado Corazón, igualmente hoy, durante mi peregrinación a Paray-le-Monial, os pido que despleguéis todos los esfuerzos posibles para desempeñar cada vez mejor el encargo que Cristo mismo os ha confiado: difundir el culto a su Corazón divino.

Los abundantes frutos espirituales que ha producido la devoción al Corazón de Jesús son bien reconocidos. Expresándose sobre todo mediante la práctica de la hora santa, de la confesión y comunión en los primeros viernes de mes, ha servido para mover a generaciones de cristianos a orar más y a participar más frecuentemente en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Se trata de caminos que es de desear se propongan también hoy a los fieles.

La protección maternal de la Santísima Virgen María os asista: precisamente durante la celebración de su fiesta de la Visitación os fue confiada este encargo en 1688.

Que en vuestra labor apostólica sea para vosotros apoyo y aliento la bendición apostólica que imparto a toda la Compañía de Jesús, desde Paray-le-Monial.



Carta de Paulo VI sobre la devoción al Corazón de Jesús

En 6 de febrero de 1965 dirigió Paulo VI a todos los obispos del mundo las letras apostólicas Investigabilis divitias Christi sobre la devoción al Corazón de Jesús.

Los Superiores Generales de las Congregaciones religiosas consagradas a la difusión del culto al Corazón de Jesús dirigieron entonces al Papa una carta de adhesión y agradecimiento; en respuesta a ella Paulo VI dirigió a dichos Superiores, entre los cuales consta el nombre de P. Pedro Arrupe, Prepósito General de la Compañía de Jesús, la carta Disserti interpretes que reproducimos íntegramente. (De la Revista Settimana del clero, 15-22 agosto 1965)

A los amados hijos: E. Systemann SSCC, L. Carrieri MSSCC, G. Van Kerkhoven MSC, G. De Palma SCI, A. Le Bourgeois CIM, P. Arrupe, S. J.

Amados hijos, salud y apostólica bendición.

Interpretando el deseo de las congregaciones religiosas que dirigís con tanta solicitud y también en nombre de otras congregaciones que como las vuestras toman nombre del Sagrado Corazón, habéis querido presentarnos vuestro filial agradecimiento por las letras apostólicas **Investigabilis divitias** que el 6 de febrero dirigimos a los Pastores de la Iglesia universal, en el segundo centenario de la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón.

Con verdadera alegría y emoción hemos recibido el testimonio de vuestra devoción y leído vuestras palabras, porque por ellas hemos podido comprender bien cuán grande es el amor que profesáis vosotros y estos religiosos al Sacratísimo Corazón de Jesús y al misterio de su eterno amor y con cuanta fidelidad deseáis permanecer unidos a Aquel del que vuestras Congregaciones toman la norma de su vida, el estímulo a la virtud y el celo misional.

Ya que, según hemos manifestado en nuestra carta, deseamos ardientemente que «el culto al Sagrado Corazón florezca cada día más y sea apreciado por todos como una forma egregia de verdadera piedad», nuestro ánimo se llena de gozo viendo que las filas humildes y generosas de vuestros religiosos, que son ejemplo a los hombres de nuestro tiempo, buscan profundizar en el motivo por el que deben cultivar esta devoción y tomar de ella fuerza «para conformar íntimamente la vida al Evangelio y corregir los defectos, para poner en práctica los preceptos de la ley divina».

Juzgamos que esta es vuestra genuina tarea, vuestra actividad propia: A saber que siguiendo la sagrada vocación que habéis aceptado libremente, difundáis cada vez más el amor al Sagrado Corazón y mostréis a todos con la palabra y el ejemplo cuán necesario sea que la esperada renovación del pensamiento y de la vida y la mayor eficacia de las instituciones de la Iglesia según los principios del Concilio Ecuménico Vaticano II, tomen precisamente del Sagrado Corazón su inspiración y su impulso.

De hecho, como es sabido, el sacrosanto Concilio quiere obtener sobre todo la renovación de los principios de vida, públicos y privados en todos los campos, y con tal fin ha puesto de relieve el Misterio de la Iglesia.

Pero este Misterio no podrá ser bien comprendido sino a condición de que se contemple aquel eterno amor del Verbo Encarnado cuyo símbolo magnífico es el Corazón traspasado. Como se lee en la Constitución dogmática conciliar «la Iglesia, esto es, el reino de Cristo ya misteriosamente presente, cree por virtud de Dios visiblemente en el mundo. Este nacimiento y este crecimiento se significan por el agua y la sangre que brotan del Costado abierto de Jesús crucificado» (**De Eccl. núm. 3**).

Del Corazón traspasado del Redentor nació la Iglesia y de El brota su desarrollo, pues Cristo «amó a la Iglesia, y se entregó por ella, para santificarla, purificándola por el baño del agua mediante la palabra de vida» (**Ef., 5, 25-26**).

Por este motivo es absolutamente necesario que los cristianos adoren pública y privadamente a aquel Corazón de cuya plenitud todos hemos recibido, y de El aprendan cómo debe ordenarse su vida para que pueda responder a las exigencias de estos tiempos. En el Sagrado Corazón, en efecto, tiene su origen la Sagrada Liturgia, porque es el Templo santo de Dios del que se eleva al Eterno Padre el sacrificio de propiciación «por el cual El puede salvar siempre a quienes se presentan a Dios por El» (**Hbr, 7, 25**).

Además, la Iglesia encuentra en el Sagrado Corazón su estímulo para buscar todos los medios y auxilios para que los hermanos separados puedan llegar a la plena unidad con la Cátedra de Pedro; así como para que también los que no son cristianos «conozcan al solo y verdadero Dios y a Aquel a quien ha enviado: Jesucristo» (**Io, 17, 3**).

Porque el celo pastoral y misional se inflama especialmente cuando los sacerdotes y los fieles, por la gloria divina, mirando al ejemplo del eterno amor que Jesucristo nos ha mostrado, dirigen sus esfuerzos a comunicar a todos las riquezas de Cristo.

No hay quien no vea que sean éstos sobre todo los ardientes deseos que el Concilio Ecuménico hace crecer, no sin inspiración del Espíritu Santo, en los ánimos de los fieles.

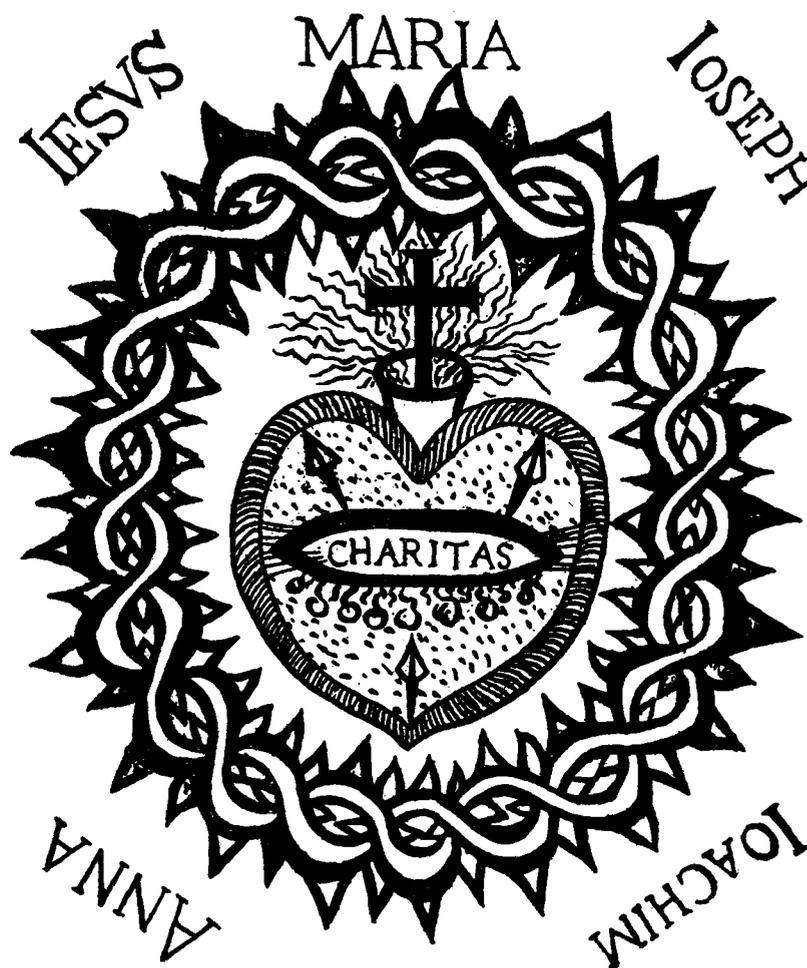
Así, pues, mientras nos esforzamos en que estas esperanzas se conviertan en feliz realidad, es necesario pedir al Salvador divino con gran insistencia la luz y la fuerza que nos ofrece el Corazón traspasado y que nos excitan a llevarlas a la práctica.

Después de haber abierto, con paternal esperanza, nuestra mente a vosotros y a vuestros religiosos, ya que estáis ligados por título particular al Sagrado Corazón, os dirigimos nuestras exhortaciones a fin de que llevéis a cabo con constancia fuerte y serena aquellas obras de apostolado que habéis aceptado como vuestra parte propia en la Iglesia y realicéis así una obra que contribuya a este gran designio.

De fuerza a vuestros santos propósitos el Sagrado Corazón de Jesús; os proteja la Virgen María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, Ella que está íntimamente unida al misterio y a la obra de la Redención.

Para que desciendan sobre vosotros abundantemente los dones celestiales os impartimos de corazón a vosotros y a todas las familias religiosas que regís, y a todas las congregaciones que toman nombre del Sagrado Corazón, la Bendición Apostólica como prenda de nuestra benevolencia.

PAULO VI



El Corazón de Jesús y la propagación de su devoción por la Compañía de Jesús

El "Encargo suavísimo" del Sagrado Corazón a la Compañía de Jesús

SANTA MARGARITA

EL ENCARGO: POR MEDIACION DE NUESTRA SEÑORA. — «Os diré que habiendo tenido la dicha de pasar todo el día de la Visitación delante del Santísimo Sacramento, mi Soberano se dignó favorecer a su miserable esclava con varias gracias particulares de su amoroso Corazón, el cual, introduciéndome dentro de sí mismo, me hizo sentir lo que no puedo expresar. Se me representó un lugar muy eminente, espacioso y admirable por su belleza, en cuyo centro había un trono de llamas, y en él estaba el amable Corazón de Jesús con su llaga que despedía rayos tan ardientes y luminosos, que todo aquel espacio quedaba iluminado y caldeado con ello. La Santísima Virgen estaba a un lado, y San Francisco de Sales al otro con el santo Padre de la Colombière; y se veía en aquel lugar a las Hijas de la Visitación acompañadas de sus ángeles custodios...

Después, volviéndose hacia el buen Padre de la Colombière, esta Madre de bondad le dijo: Y tú, siervo fiel de mi divino Hijo, tienes gran parte en este precioso tesoro; pues, si fue dado a las Hijas de la Visitación conocerlo y distribuirlo a los demás, **está reservado a los Padres de la Compañía hacer ver y conocer su utilidad y valor**, a fin de que se aprovechen de él, recibéndolo con el respeto y agradecimiento debido a tan gran beneficio.

PROMESAS: Y a medida que le den este gusto, el divino Corazón, fuente de bendiciones y de gra-

cias, las derramará tan abundantemente en el ejercicio de su ministerio, que producirán **frutos superiores a sus trabajos y esperanzas**, incluso para la salvación y perfección de cada uno de ellos en particular».

(Carta LXXXIX —en la edic. castellana, XC—, a la Madre de Saumaise. Julio 1688: Cfr. *Vie et Oeuvres*, II, 405-407).

P. BERNARDO F. DE HOYOS, S. J.

N. S. PADRE NOS TRANSMITE EL «ENCARGO».—«El día de nuestro P. San Ignacio, al tiempo de comulgar, sentí al Santo a mi lado derecho, y al izquierdo a San Francisco Javier, con cuya presencia se inmutó mi espíritu en un sagrado incendio que del fuego de mi Santo Padre se encendía en mi corazón. Cuando tenía al divino amor Jesús Sacramentado en mi pecho, me parecía le hacían reverencia los dos Santos; y el mismo Señor hizo a nuestro Santo Padre como señal para que me hablase, y a mí para que recibiese la doctrina de mi Padre, a quien me remitía. El Santo entonces... me declaró lo siguiente: que la divina providencia quería para la Compañía la gloria de que sus hijos fuesen los que promoviesen y propagasen el culto del sacrosanto Corazón de Jesús; que por ellos se conseguiría de la Iglesia la solemnidad deseada, y por ellos sería extendida».

(Carta al P. Juan de Loyola, S. J., 1733: cfr. *Vida del P. Bernardo F. de Hoyos, por los PP. Loyola-Uriarte, S. J., parte 3.ª, cap. 2*).

La aceptación de la Compañía de Jesús

CONGREGACIONES GENERALES

CONGREGACION GENERAL XXIII: Elección del P. Anderledy (16 sept.-23 oct. 1883). — «Como feliz y próspero remate de los trabajos, se propone a la Congregación un postulado con el fin de acrecentar y promover entre nosotros el culto de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Leído el parecer de los PP. Diputados, levantáronse a una todos los PP. Congregados y aprobaron por unánime aclamación lo siguiente: Declaramos que la Compañía de Jesús acepta y recibe con ánimo rebosante de alegría y gratitud el suavísimo encargo a ella confiado por el mismo N. S. Jesucristo de practicar, fomentar y propagar la devoción a su divinísimo Corazón». (Decret. 46).

CONGREGACION GENERAL XXVI: Elección del P. Ledóchowski (2 febr.-18 mar. 1915). — «Los Padres de esta Congregación XXVI, recordando aquel decreto solemne en el que la Congregación XXIII declaró reverente que la Compañía de Jesús aceptaba y recibía con ánimo rebosante de alegría y gratitud el suavísimo encargo a ella confiado por el mismo N. S. Jesucristo de practicar, fomentar y propagar la devoción a su divinísimo Corazón, y aleccionados por la experiencia de que para promover este culto es sumamente apto el **Apostolado de la Oración**, en el comienzo mismo del segundo siglo de Restablecimiento de la Compañía, confirmaron de nuevo esta ardentísima adhesión de la Compañía al Sacratísimo Corazón de Jesús, y quisieron muy de veras que a todos los Nuestros, en particular a los Superiores, les fuese recomendado que fomenten cuanto les sea posible y trabajen por dilatar esta piadosa Asociación del Corazón de Jesús». (Decret. 21).

CONGREGACION GENERAL XXVII: Revisión y codificación del Instituto (8 sept.-21 dic. 1923). — «Todos tengan en gran estima el encargo suavísimo hecho por Jesucristo a nuestra Com-

pañía, y aceptado por ella con ánimo prontísimo y agradecidísimo, de practicar, fomentar y propagar la devoción al Sagrado Corazón; y entre otros medios, foméntese y propáguese por los NN. la pía asociación del «Apostolado de la Oración», especialmente de los hombres, y la obra de la Consagración de las familias al Sagrado Corazón». (Decret. 223; cfr. Epit. número 672, 1.º).

EPITOME NUM. 851: «§ 1. Por fin, ya que el mismo Jesucristo N. Señor, por la maternal intervención de la Sma. Virgen María, se dignó confiar a nuestra Compañía el suavísimo encargo de practicar, fomentar y propagar la devoción a su divino Corazón, y prometió gracias abundantes a los NN. que trabajaren por satisfacer estos deseos, entienden todos que, cuanto más fervorosos fueren en promover en sí mismos y en los demás la sólida devoción al Corazón Sacratísimo, tanto mayores serán y sobre toda esperanza consoladores, así el adelantamiento espiritual propio, como el fruto de los trabajos apostólicos de la Compañía. (Cfr. Reg. Sacerd. 24).

§ 2. Y en señal de gratitud y devoción, ha querido la Compañía que la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús se tenga por una de las más solemnes, y que cada año se celebre con el mayor esplendor posible, y que en ella se renueve en todas partes la consagración con que ya desde 1.º de enero de 1872 la Compañía se dedicó y consagró toda entera y para siempre al Sacratísimo Corazón.

§ 3. Todos los hijos de la Compañía fomenten más y más en sí mismos y en los otros el culto al Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen María; y cada año, en todas las casas, el día de la fiesta del mismo Inmaculado Corazón renuévese con especial solemnidad la consagración hecha ya por decreto de la Congregación XXIII, y renovada, después de la guerra mundial, por la Congregación General XXIX».

Los propósitos generales

P. ROTHAAAN (1829-1853)

Ahora bien, si preguntamos, Padres y Hermanos carísimos, por qué hemos de mirar el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús como cosa que en cierta manera nos pertenece propia y principalmente a nosotros, hijos de la Compañía, hallaremos de ello varias razones. La primera y principal y que por sí sola seguramente bastaría, es porque el mismo Señor, al querer introducir en la Iglesia el culto de su divino Corazón, manifestó claramente y repetidas veces que su voluntad era que esta empresa fuese cometida a la Compañía. Y era a la verdad conveniente que la Compañía se consagrara toda entera al cumplimiento de los deseos que Jesús le manifestaba cerca del culto de su Corazón con prodigios tan admirables y auténticos. Y que estos deseos de Jesús no debían tomarse como piadosos sueños de la Venerable Virgen, es cosa fuera de duda para todo buen católico, después de los hechos que todos sabemos han tenido lugar desde aquellos tiempos en la Iglesia y que han merecido la más solemne aprobación de la misma.

(De la Carta sobre el Culto del Sagrado Corazón de Jesús).

P. BECKX (1853-1887)

El Corazón de Jesús nos está abierto, Padres y Hermanos carísimos; acercándonos, pues, a esta inexhausta fuente de bondad también nosotros con gran confianza, exclamemos con voz suplicante: **¡Sálvanos, Señor Jesús, perecemos!** Ayúdanos, porque somos tuyos; pues nos congregaste bajo la sombra de tu nombre para que te sigamos, y, de acuerdo con tus mandatos, completemos tu obra. Y no debemos dudar de que ha de recibir misericordiosamente nuestras plegarias, en especial si nos consagramos a El de todo corazón y con fe viva, recordamos cuán copiosos beneficios ha prometido a cuantos devota y confiadamente se refugien en su santísimo Corazón, y de modo particular a nosotros a quienes se ha dignado con

bondad inefable encomendar la propagación de esta devoción. Por lo cual, en tan grandes angustias de los Nuestros y peligros del mundo, dirigiéndonos devotamente al santísimo Corazón de Jesús, como a tesoro que se nos ha confiado y segurísimo refugio en toda aflicción, sin vacilar en la fe, pidamos y esperemos de él la salvación, la incolumidad, la paz y cuanto deseemos nosotros, la Compañía toda y la Iglesia universal.

(De la Carta sobre la necesidad de buscar refugio en el Santísimo Corazón de Jesús 28-8-1870).

P. ANDERLEDY (1887-1892)

Pero la gracia que Dios ha hecho a nuestra Compañía es en extremo singular. Porque a nosotros nos han encargado el enseñar al mundo la razón de ser y la virtud admirable de la devoción a su Corazón. Nosotros somos los elegidos para consolar a los hombres con la felicísima nueva de que el Corazón de Jesús está abierto para que todos en aquel inmenso tesoro de gracias puedan enriquecerse de bienes celestiales. Los ricos y poderosos de este mundo difícilmente abren sus puertas, y en tanto grado se protegen contra las súplicas del menesteroso, que no hay ruegos que los dobleguen. Pero el Rey de los cielos como es rico en **misericordia** llama afablemente a todos y les dice: **venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré.**

Invita a los infelices y atribulados, y cuanto más los desprecia la soberbia de los hombres, tanto él con más cariño los llama, y les enseña con mayor empeño la verdad de aquello que se dice del Hijo de Dios: **mis delicias son estar con los hijos de los hombres.** ¡Dichosos los que estamos elegidos para llevar a los mortales nuevas como ésta y anunciarles semejantes **maravillas de Dios!** Tan ilustre, tan honroso es este oficio, que no acabo de admirarme de que se lo hayan encargado a esta mínima Compañía.

(De la Carta sobre el encargo hecho a nuestra Compañía, hace dos siglos, de promover la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, 29-9-1888).

P. WERNZ (1906-1914)

Gracias sean dadas ante todo al divino Corazón de Jesús, que no ha querido faltar a su promesa de serenos propicio en Roma. Ya los miembros de la extinguida Compañía abrigan todos la íntima persuasión de que, por obra y gracia del Corazón divino, había de volver pronto a la vida.

En ese sentido se expresaba ya en 1784 el Padre Estanislao Czerniewicz, cuando, escribiendo a los Padres y Hermanos sobrevivientes, les decía: «Aquel adorable Corazón se ha dignado manifestar ostensiblemente que ha hecho causa común con la Compañía. Por su parte, los enemigos del mismo divinísimo Corazón, los que sacrílegamente osaron atentar contra su culto, todos ellos comenzaron por jurar la abolición de la misma Compañía. Y por nuestra parte, no es vana esperanza la que abrigamos todos (como ya ha dado en pronosticarlo el pueblo fiel), de que la Compañía será por completo rehabilitada, en cuanto la devoción al Corazón de nuestro Jesús vaya tomando vuelo de un modo notable por ministerio de los Nuestros.» Por eso los Nuestros no cesaron jamás de implorar del clementísimo Corazón la conservación y reintegración total de la Compañía; antes bien, aquel mismo año, el Vicario General prescribió un triduo de rogativas para antes de la fiesta del Sagrado Corazón; y la segunda Congregación Polocense, además de confirmar dichas preces con su propia autoridad, quiso que a las letanías de los Santos se agregase diariamente la oración del Sagrado Corazón.

De semejante persuasión y tradición tenemos dos testimonios bien ilustres, el del P. Luis Fortis y el del P. Juan Roothaan. El P. Fortis, en carta dirigida a los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús sobre el culto del Sagrado Corazón, comienza por manifestar su convencimiento de que la «universal Compañía tanto habrá de durar y de prosperar, cuanto sea el empeño y solicitud de sus hijos por promover y adelantar el culto del Sagrado Corazón en sí y en los otros»; y luego, tomándolo de una carta del P. Schelder, escrita en Poloc el 13 de noviembre de 1785, añade que era común sentir entre los Padres sobrevivientes de la extinción, e inspiración sin duda del cielo, el hacer «depender de ese mismo sagrado culto todo el buen ser y crecimiento de nuestra Com-

pañía, así como también el sinnúmero de gracias que Dios tenía destinadas para los que tomasen con calor la propagación de ese culto en sí mismos y en los demás».

Pero, aún es mucho más explícita y solemne la declaración que en sus encíclicas nos dejó el Padre Roothaan, miembro ilustre que fue de la Compañía en Rusia Blanca. Cuando quiso redactar aquella carta memorable, recomendando el culto del Corazón deífico como propio y peculiar de la Compañía tomó por asunto de la misma la tradición susodicha, bien explanada y confirmada.

Añadía el P. Roothaan que, con ese fin, se habían prescrito a los Nuestros muchas prácticas devotas en honor del Corazón deífico; que entre tanto, todos, para tenerle propicio, se habían dedicado con gran ahínco a promover su culto entre los seglares, máxime por la solemne celebración de su fiesta y la erección en cada colegio de alguna piadosa congregación; y que, al ver por fin impetrado el ansiado beneficio, solían aquellos Padres atribuírselo especialísimamente al divino Corazón, que afirmaban los había escuchado más benigno que los mismos Santos de la Compañía.

Es más; aquel ejercicio privado de prácticas piadosas no cesó por entonces (escribe el P. Roothaan en esa misma carta), sino que fue transmitido a la nueva Compañía, a modo de herencia paterna y en de perenne agradecimiento, la cual la aceptó de muy buen grado, para que por parte también de la Compañía restaurada, claramente apareciese el sentir general de que al Sacratísimo Corazón debíamos la gracia de nuestro restablecimiento.

En vista de este unánime sentir, y como quiera que las cosas se conservan por las mismas causas que les dieron el ser, ya nadie extrañará que la Compañía, reconociendo también su conservador en el propio restaurador, se dedicara toda a su servicio, primero en parte y por provincias, después en pleno por el decreto 46 de la XXIII Congregación General, y la fórmula de consagración que había de renovarse perpetuamente todos los meses.

Cierto, para cumplir, como corresponde, con esa obligación de gratitud, no basta saber a quién

se la debemos, que es al Sacratísimo Corazón de Jesús, nuestro restaurador; es preciso además, según al principio dije, penetrarse bien así de la naturaleza como de las circunstancias del beneficio; porque de ahí nacerá el conocer mejor cuánta justicia se nos exige una acción de gracias singularísima, y por lo mismo se las daremos al Corazón Divino más cumplidas y más fervorosas.

... ¿quién dudará que nuestra acción de gracias deba partir principalísimamente de un acendrado amor al Corazón Sagrado de Jesús? Porque el mismo Jesús fue quien, sin obligación ninguna de su parte, antes sólo movido de aquella graciosa caridad y amor con que siempre nos ha distinguido, ordenó y ejecutó la restauración y conservación de la Compañía. Ahora bien, amor con amor se paga. Si queréis, pues, enteraos de cómo se llena ese deber, no tenéis más que practicar lo que enseña el Santo Padre en la Contemplación para alcanzar amor, en la cual podríamos de vez en cuando durante el año ponderar con mucho fruto todo el gran beneficio de nuestro restablecimiento. Pues en ella advierte San Ignacio que «el amor se debe poner más en las obras que en las palabras», y asimismo que «consiste en comunicar el amante al amado lo que tiene, o de lo que tiene o puede; y así por el contrario el amado al amante». De donde se sigue que, constándonos lo mucho que ha puesto de su parte el Sagrado Corazón de Jesús para rehabilitarnos, nuestra obligación será ofrecerle y consagrarle en retorno todos nuestros bienes, es decir, todas nuestras obras.

(De la Carta sobre el primer Centenario del Restablecimiento de la Compañía).



P. LEDOCHOWSKI (1913-1942)

RR. Padres y Hermanos en Cristo carísimos.
P. C.

Muy grata sin duda os ha de ser a todos vosotros, RR. Padres y Hermanos en Cristo carísimos, la noticia del singular beneficio con que recientemente ha distinguido la Santa Sede a nuestra Compañía. Porque teniendo por cierto que había de ser muy del agrado de la Compañía que a nuestros sacerdotes se les concediese la facultad de celebrar en los primeros Viernes de mes Misa votiva del sacratísimo Corazón de Jesús, no quise diferir por más tiempo el elevar a la sagrada Congregación de Ritos mis preces sobre ello. Y no han quedado frustradas mis esperanzas. Pues la sagrada Congregación accedió benignamente a nuestras súplicas, con las condiciones que claramente se proponen en el mismo Decreto, el cual juntamente con esta carta enviamos a todos los Prepósitos Provinciales.

Ahora bien, nadie ciertamente negará que con esta nueva gracia nos ofrece el piadosísimo Señor una ocasión excelente, para adelantar más en el camino de su servicio por medio de un culto más fervoroso del amabilísimo Corazón de Jesús. Y aunque no ignoráis cómo podemos conseguir esto con la gracia de Dios, sin embargo me parece bien decíroslo brevemente.

Es cosa muy sabida de los que conocen el origen y progresos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que ningún otro día quiso tan terminantemente N. Salvador le estuviese consagrado, después del que sigue inmediatamente a la octava del Corpus, como **el primer Viernes de mes**. Porque, según nos lo dice la inocentísima religiosa B. Margarita María Alacoque, el mismo Cristo Señor Nuestro, que le había encargado consagrar al culto del divino Corazón el viernes siguiente a la octava del Corpus, le aconsejó, o más bien le mandó, que por medio de la comunión y la insistente práctica de otros ejercicios piadosos le dedicase también y le consagrarse con todo afecto el primer Viernes de cada mes. Esta es la razón de la que la B. Margarita María y su maestro espiritual V. Claudio de la Colombière emplearan con igual fervor ambos días en adorar al Corazón divino. Y con mucha razón; seguros de que aquella promesa tan provechosa y consoladora «Yo te prometo que a todos los que honraren mi Corazón,

los enriquecerá él mismo con abundancia de bienes celestiales», se refería no solamente a los que una vez en el año consagrasen un día al Suavísimo Corazón, sino que se había de cumplir también, y en cierto modo con mayor derecho, en todos aquellos que doce veces cada año renovasen semejantes oficios de caridad.

Siendo esto así, bien se ve cuán provechoso ha de ser para todos el favor recientemente obtenido; con él se nos ofrecen durante el año frecuentes ocasiones de recordar con detención el dulcísimo misterio en que Nuestro Señor Jesucristo ha manifestado al género humano las escondidas riquezas de su Corazón, y de encender así nuestra alma, tal vez entibiada, en más ardientes deseos de la salvación propia y ajena y de toda santidad. Porque, ¿será posible, RR. Padres y Hermanos en Cristo carísimos, que haya entre nosotros quien al celebrar o al oír devotamente la Misa del divinísimo Corazón no entrevea de algún modo, «que a través de las llagas del cuerpo, como decía el melifluo Bernardo, está patente el arcano del Corazón, patente aquel gran misterio de bondad, patentes las entrañas de misericordia de nuestro Dios con las que vino a visitarnos desde lo alto?». Mas tenemos también en nuestra mano otros medios para sacudir toda pereza y santificar más el primer Viernes de mes, en grandísimo provecho nuestro.

Lo que hemos dicho hasta aquí sobre el modo de celebrar con más fervor los Primeros Viernes de mes, parece como que nos está invitando a que veamos también si tal vez podría celebrarse entre nosotros más solemnemente el mismo sagrado **día del divinísimo Corazón**.

Sé muy bien que ya desde fines del siglo XVIII, cuando se desencadenó aquella furiosa tempestad que acabó por anegar a la Compañía, empezaron nuestros Padres a honrar este sagrado día con especialísimos sentimientos de devoción. Pues el año 1767 el R. P. Lorenzo Ricci, Prepósito General, ordenó primeramente que todos los sacerdotes, además de los homenajes de adoración que cada uno según su devoción practicara, ofreciesen ese día a la divina Majestad la Hostia Santa por toda la Compañía; y los que no fuesen sacerdotes rezasen la tercera parte del rosario, pidiendo a la Virgen Madre de Dios, que ya que Ella nos había dado a su Hijo por Redentor y Ca-

pitán, diese ahora a la afligida Compañía de su unigénito Hijo un seguro asilo y refugio en su Corazón.

Y esto que en la antigua Compañía había tenido tan felices y dichosos principios, alcanzó después más consolador desarrollo cuando la misma Compañía yacía oculta en la Rusia Blanca, cual fuego casi apagado entre cenizas; hasta que el año 1883 la Congregación General XXIII dio el memorable decreto de que el día del Sagrado Corazón de Jesús se tuviese entre nosotros como uno de los más solemnes, y que se celebrase cada año con el mayor esplendor posible, renovándose la Consagración de toda la Compañía con la misma fórmula, con que el R. P. Beckx mucho tiempo antes había ofrecido y consagrado toda la Compañía al clementísimo Corazón del Dios-Hombre.

De aquí proviene que sea ya algo difícil añadir nada nuevo a las prácticas con que solemos pasar dentro de nuestras casas este día dichosísimo; a no ser que en algún sitio pueda quizá añadirse aún la consagración de la misma comunidad, como procuraremos hacerlo este año en nuestra Curia. Sin embargo, creo que otro debe ser nuestro sentir tratándose del pueblo fiel; al cual, según los deseos vehementísimos de Jesucristo, debemos predicar las maravillas de su Corazón para moverle así suavemente a su ferviente culto. Y en este particular no poco he gozado estos últimos días, al saber que además de la Sagrada Comunión se han introducido en nuestros templos otras prácticas, para tributar en un día de tanta solemnidad más honor todavía al Sagrado Corazón, y poder así sus fieles devotos obtener más copiosos frutos de bendición y de espirituales consuelos.

Estas prácticas son esas tres, tan dignas de toda estima: a saber, la exposición mayor del Santísimo durante todo el día, tenida con gran solemnidad; la procesión también con el Santísimo, que debe tenerse a la tarde, y dentro del recinto de nuestras casas donde por la malicia de los tiempos no podamos sacarla por las calles; y por fin la renovación en el mismo templo, o al aire libre, del acto de consagración de las familias, con el cual éstas ya antes consagradas en privado al Corazón divino, vuelvan a ponerse de corazón bajo su tutela y amparo a la faz de todo el mundo. Estas funciones suelen ir loablemente acompañadas

de sermones, y a veces de fervorosas arengas.

Ni es menos a propósito para desagaviar al Corazón de Jesús tan menospreciado e injuriado de los hombres, principalmente por la negación de su realeza divina, el tener procesiones en las que el pueblo cristiano, paseando en triunfo la Sagrada Hostia, va tributando al pacífico y eterno Rey con sus súplicas y cánticos, con su porte y andar recogido y con todo aquel aspecto de magnificencia religiosa los homenajes que otros le niegan. Y ¡cuán agradable no es para el Salvador de los hombres, a quien tanto debemos, esta clase de obsequios! Bien lo están demostrando los copiosísimos frutos que en pocos años ha producido, aun allí donde más se dudaba de su feliz éxito.

Finalmente por lo que hace a la consagración pública de las familias, todos concederán sin dificultad que el renovarla en público tiene que ser de mucho provecho, para que los fieles, pisoteando cualquier respeto humano, se confirmen en el saludable propósito de defender en la sociedad humana, lo mismo en sus casas que a la luz del día, los sacrosantos derechos de Cristo.

En vista de esto, Reverendos Padres y Hermanos carísimos, ya no me queda sino exhortaros más y más a que llevéis a cabo todo lo dicho hasta aquí. Pues de este modo conseguiremos **que el amor al Corazón amantísimo de Jesús**, que por un señalado beneficio de Dios siempre ha florecido y florece entre los hijos de Ignacio, se consolide en adelante; más aún, brille por todas partes con nuevo resplendor, de tal modo que **éste sea como el distintivo que todos tengan para conocer a primera vista a un hijo de la Compañía.**

Llegar a esta meta gloriosa no se consigue sin esfuerzo propio, como fácilmente lo admitirán todos los que tengan presente el alcance de aquella vocación con que un día fueron llamados a esta mínima Compañía de Jesús. Pero, decidme, ¿no vale más pasar por todo, más aún arrostrar los más duros trabajos, que carecer de aquel poderoso auxilio, sin el cual nadie puede esperar con justicia lograr las gracias que son del todo necesarias para alcanzar las virtudes más propias de nuestro Instituto? Estas son aquellas tres tan conocidas, en que, según las Constituciones santísimas de N. S. P. Ignacio, consiste y estriba toda nuestra vida religiosa: la estrecha unión con nues-

tro Criador y Señor, el desprecio de sí mismo y del mundo y el celo de las almas a mayor gloria de Dios.

Y éstas son, RR. Padres y Hermanos carísimos en Cristo, las principales razones que no podrán menos de mover fuertemente a unos hombres, ya de suyo inclinados a buscar lo más perfecto, a que se renueven en el fervor (como decíamos al principio) y se entreguen con toda el alma a fomentar el culto del Sagrado Corazón de Jesús.

Confiado en tan buenas esperanzas, voy a poner fin a esta mi carta, en la que, aprovechando este nuevo favor de la Santa Sede, solamente quería animaros a que procuréis un nuevo fervor de espíritu; para que así la Compañía toda, allegándose cada día más de cerca al Corazón de Jesús, pueda llamarse con justicia escogido escuadrón de apóstoles de esta santa y fructuosa devoción. Permitidme por fin que os despida con las mismas palabras con que hace cuarenta años exhortaba el Vicario de Jesucristo, León XIII, a los socios del **Apostolado de la Oración** en audiencia del Vaticano: «Trabajad, pues, con amor y entusiasmo,

amadísimos hijos, por que todos los hombres se unan con ese Corazón, que le imiten, que ardan en su amor, que reparen las injurias que se le hacen, que unan también sus propias oraciones, sus pensamientos y sus afectos con las oraciones, pensamientos y afectos de ese Corazón; pues así participarán también de su inocencia, de su santidad y de su eficacia. Los frutos de salvación, que de ahí nacerán en los corazones de todos, serán muchísimos y muy preciosos; y se verá clarísimamente que la salvación de cada uno y la verdadera felicidad de los pueblos y naciones se encuentran en Cristo Jesús, y que de El, cual de una fuente de bendiciones, han de manar para todo el mundo».

En los SS. y OO. de todos vosotros mucho me encomiendo.

Roma, fiesta del Santísimo Cuerpo de Cristo, 19 de junio de 1919. Siervo de todos en Cristo.
WLODOMIRO LEDOCHOWSKI
 Praep. Gen. Soc. Iesu.

(De la Carta sobre el fervor con que se ha de fomentar el culto del Sagrado Corazón de Jesús).

LOS AVISOS DE SAN IGNACIO

NUNCA DIFERAMOS LAS BUENAS OBRAS POR PEQUEÑAS QUE SEAN, CON PENSAMIENTO DE HACER OTRAS MAYORES EN OTRO TIEMPO; PORQUE ES TENTACION MUY COMUN DEL ENEMIGO PONERNOS SIEMPRE LA PERFECCION EN LAS COSAS FUTURAS, E INDUCIRNOS A DESPRECIO DE LAS PRESENTES.

TODOS PERSEVERANTEMENTE ESTEMOS EN LA VOCACION A QUE EL SEÑOR NOS LLAMO, **PARA QUE NO QUEBRANTEMOS LA PRIMERA FE**, PORQUE SUELE EL ENEMIGO, A LOS QUE ESTAN EN EL DESIERTO DAR TENTACIONES DE COMUNICAR CON LOS PROJIMOS Y APROVECHARLOS, Y A LOS QUE APROVECHAN AL PROJIMO, SUELE PONER GRAN PERFECCION EN EL DESIERTO Y VIDA SOLITARIA; Y ASI VA ASIDO DE LO QUE ESTA LEJOS, POR NOS IMPEDIR LO QUE ESTA PRESENTE.



P. LEDOCHOWSKI

Reverendos Padres y Hermanos en Cristo carísimos.

No ignoráis, RR. PP. y CC. HH., que este año, en la próxima festividad de la Visitación de la Bienaventurada Virgen María, se cumple el ducentésimo quincuagésimo aniversario de aquella notable y para nosotros memorable revelación en la que Santa Margarita María Alacoque, como piamente se cree, oyó que la Santísima Virgen confiaba a la Compañía el encargo de propagar por todo el mundo la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús.

Recordemos el hecho con las mismas palabras de Benedicto XV en la Bula de Canonización de la santa religiosa de Paray. Dice así: «... En el mismo día de la Visitación del año siguiente (1688), estando la hermana Margarita María delante del Santísimo Sacramento, se le mostró un sublime y amplísimo lugar de maravillosa hermosura. En medio, como en un solio de fuego, brillaba el Sacratísimo Corazón de Jesús. A un lado aparecía la Bienaventurada Virgen; al otro, San Francisco de Sales y el P. de la Colombière; se veía, además, a las religiosas de la Visitación, acompañadas de sus Angeles de guarda. Les dirigió la palabra la Reina del cielo, diciéndoles: —Venid, queridas hijas: acercaos—. Y, mostrándoles el divino Corazón de Jesús, añadió: —He ahí ese divino tesoro que a vosotras principalmente ha sido revelado por el amor con que Cristo distingue a vuestro Instituto; al cual, como a su Benjamín, profesa un amor de predilección y desea enriquecer entre todos con este beneficio. Pero no habéis de ser vosotras solas las que disfrutéis de tan precioso tesoro; habéis de hacer partícipes de él a los demás y repartirlo liberalmente por el mundo universo. El es tal que no se consume con darse; y cuanto más se saca de él, tanto más queda por sacar—. Después, volviéndose al P. La Colombière, le dijo: —Y tú, siervo fiel de mi divino Hijo, tienes gran parte en este precioso tesoro; pues si fue dado a las Hijas de la Visitación conocerlo y distribuirlo a los demás, está reservado a los Padres de la Compañía hacer ver y conocer su utilidad y valor».

Las palabras que siguen a las citadas, aunque en el documento pontificio, por brevedad, no se insertan, son para nosotros de no menor importancia y consuelo. «Y a medida que len de este

gusto, el divino Corazón, fuente de bendiciones y de gracias, las derramará tan abundantemente en el ejercicio de su ministerio, que producirán frutos superiores a sus trabajos y esperanzas, incluso para la salvación y perfección de cada uno de ellos en particular».

Pero esta nuestra conmemoración no ha de limitarse a una mera acción de gracias. Con el nuevo decreto se nos añaden nuevos estímulos para que cada uno se pregunte a sí mismo, con un sincero examen, cómo ha contribuido y cómo podría contribuir en adelante a promover, ya en sí, ya en los demás, el culto del Sagrado Corazón, señaladamente aquella unión íntima con El y con sus divinas intenciones, y además aquel espíritu de oración y de penitencia reparadora que el Papa inculca.

Y, en verdad, es necesario que nosotros principalmente nos llenemos más y más de ese espíritu; porque, fuera de que sería indigno que nosotros, los que «más nos hemos querido afectar y señalar en todo servicio suyo», dejásemos de hacerle ese servicio que aconsejamos a los otros, sería, además, imposible difundir en el mundo las llamas en que nosotros no ardiésemos y lisonjearnos de poder atraer al divino Corazón al prójimo con palabras solas y no con ejemplos.

Tengamos, pues, la firme persuasión de que aquella gran revelación, cuyo aniversario celebramos, no nos recomienda tan sólo una de tantas piadosas devociones, sino que nos señala el camino seguro y recto de toda devoción y religión, de la única fuente de vida y santidad. Con la devoción a ese Corazón divino obtendremos aquello de San Ignacio, que es el compendio de toda nuestra vida: conocer más íntimamente cada día a Jesucristo, amarle con mayor ardor e imitarle con más fidelidad.

Esta nuestra piedad esté informada sobre todo, como acabo de decir, de aquella unión íntima con el Corazón de Jesús, de la que brotará espontáneamente el espíritu de oración y de penitencia reparadora. Porque el espíritu de oración es el que junta el instrumento con Dios y el que nos enriquece con aquella sabiduría y fortaleza, y, juntamente con aquella benignidad sin las cuales, máxime en estos nuestros tiempos de tanta confusión de ideas y entre tantos ataques de los adversarios y en tan general apostasía de Dios y de su Cristo, nada podrá hacer un apóstol.

A su vez, el espíritu de reparación fundamentará profunda y sólidamente nuestra piedad sobre la abnegación de nosotros mismos, y, al mismo tiempo, nos levantará hasta aquella cumbre de heroica virtud que nuestro Santo Padre propuso resuelto a sus hijos en el tercer grado de humildad, si es que quieren hacer y padecer, entre las asechanzas y amenazas de este mundo, cosas grandes por Jesucristo Rey.

Intimamente unidos así con el Corazón santísimo, lancémonos a traer la fe a las gentes que todavía no han venido a ella; acerquemos a los que andan obcecados con el racionalismo a la fuente y tesoro de la sabiduría y de la ciencia; a los que viven enredados en sus pasiones, llevémoslos a Aquel en quien hallarán la plenitud de la misericordia y de la gracia; y a cuantos, atentos tan sólo a la satisfacción de su egoísmo y de sus comodidades, se desentienden de sus prójimos o se enfurecen en odio contra ellos, atraigámosles al Salvador, que nos está mostrando su Corazón abrasado en nuestro amor, y que nos dio el mandamiento nuevo de amarnos mutuamente como El nos amó.

A los cristianos fieles que ya están consagrados al deífico Corazón, procuremos confirmarlos en tan saludable devoción; pues en la oración es en donde hallarán al Dios vivo y verdadero, del que pugnan por apartarlos los atractivos mundanales, y darán con la fuente del Salvador de la que sacarán con gozo una vida nueva. El espíritu de penitencia les enseñará el misterio de la cruz y les hará entender mejor y aceptar más gustosos la ley de la reparación; y de todos esos innumerables males que en la hora actual agobian al mundo, se reportarán para gloria de Dios y bien de las almas los abundantes frutos que la divina Providencia se propone al permitirlos.

Finalmente, allí donde por la malicia preponderante de los malos resultan impotentes los esfuerzos de los buenos para resistir a tanta maldad, será el mismo Señor todopoderoso quien, movido por nuestras oraciones y las de nuestros hermanos, y aplacado por las obras de penitencia reparadora, enviará su Espíritu y con El renovará la faz de la tierra.

Para lograr tan abundantes frutos de nuestro trabajo, dos medios, entre otros, nos recomienda con particular solicitud nuestro Instituto, cuya poderosa eficacia está atestiguada por una larga

experiencia; la piadosa asociación del Apostolado de la Oración, principalmente de los hombres, y la obra de la Consagración de las familias al Sacratísimo Corazón.

Maravillosa es la aptitud del Apostolado de la Oración para encender los corazones. Ahí están esos millares y millares de fieles que se acercan todos los meses a la mesa eucarística; ahí están esas multitudes en las que se juntan obreros, labradores y proletarios de todo género con los ricos, los nobles y los sabios para tributar con consuno al divino Corazón el homenaje de su culto. Y bien los vemos a todos, convertidos ya en otros apóstoles, ir en busca de otros a quienes hacer partícipes de las mismas gracias espirituales.

Por medio de la Consagración de las familias y hasta de las ciudades, provincias y naciones, no son ya los particulares solamente los que se consagran a Cristo; son esos, que llamaríamos con nombre tomado de nuestros mismos enemigos, células sociales, las que quedan imbuidas del espíritu de Cristo, y las que dan esperanzas de una renovación universal del cuerpo social.

Dios quiera, RR. P. y CC. HH., que todos los hijos de la Compañía, fortalecidos con el materno auxilio de la Virgen Santísima, podamos afianzar, extender más y más y defender el Reino del Corazón Sacratísimo de Jesús, así en nosotros mismos como en el mundo entero.

Y a fin de dar gracias por tan insigne encargo confiado a nuestra Compañía y pedir a la vez la ayuda del Señor para cumplir plena y fielmente con nuestra obligación, conforme al beneplácito y providencia del mismo Dios, he juzgado disponer, oído el parecer de los PP. Asistentes y con su espontánea aprobación, que todos los años en la fiesta de la Visitación de la Bienaventurada Virgen María los sacerdotes ofrezcan la Misa, al menos de segunda intención, y los no sacerdotes, la Misa, Comunión y Rosario.

Qué convenga o se deba hacer especialmente este año para celebrar la fecha de ese 250 aniversario, lo dejo a la determinación de cada Provincial.

(De la Carta sobre el 250º aniversario de la Revelación en que recibió la Compañía el peculiar encargo de promover el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús, 5-6-1938).

P. JANSSENS (1946-1964)

RR. PP. y HH. en Cristo carísimos.
Pax Christi.

Hace cuatro siglos, el día 4 de septiembre de 1549, en la misma mañana en que iba a pronunciar sus últimos votos, le pareció a San Pedro Canisio, mientras estaba en la Basílica Vaticana de rodillas ante el Santísimo, que veía al Sacratísimo Corazón de Jesús abierto, y entonces —como atestigua el mismo Santo, hablando con el Señor— «me mandaste que bebiese de aquel manantial, invitándome a sacar el agua de mi salud de tus fuentes, oh Salvador mío. Después que me atreví a llegar hasta tu Corazón dulcísimo y a saciar en él mi sed, me prometiste una vestidura tejida de tres partes, que pudiesen cubrir la desnudez de mi alma, y que eran sumamente propias de esta profesión: paz, amor y perseverancia. Fortalecido con esta vestidura de salud, confiaba yo que nada había de faltarme, sino que todo resultaría para su gloria».

Esta célebre conmemoración, cuatro veces centenaria, ¿no nos ofrece a los hijos de la Compañía la oportunidad de renovar la devoción hacia aquel Divino Corazón y de beber con más abundancia de aquel caudal de gracias, que las promesas del mismo Señor, ya corroboradas por la experiencia de los siglos, nos tienen demostrado ser fecundísimo, tanto para la propia santificación como para nuestros trabajos apostólicos? Pues, cuantísimos de los NN. se hallan ahora en circunstancias no muy distintas de aquellas en que actuaba San Pedro Canisio; y entre tanto el mismo Señor hizo a la Compañía el dulcísimo encargo de abrir a los hombres con singular celo los tesoros de su Corazón.

Que el Señor nos perdone: nosotros no siempre hemos usado de aquel regio don de su amor con la estima y diligencia que era de desear. Puesto que a la Iglesia y a la Compañía amenazan en muchas partes tantos peligros y adversidades, ciertamente es ahora más necesario que nunca que nos unamos íntimamente con el Corazón del Señor; que, como suelen los hijos, recurramos a El en medio de las angustias con mayor confianza, más aún, que, a ejemplo de los soldados, mientras acosa el enemigo, le sigamos a El, como Capitán, con una fe y una entrega más total. Porque el espíritu maligno, con esa astucia que le es propia, ha difundido el mal en tanto grado por el mundo,

que quienes luchamos contra él, rendimos a veces y casi desalentados, parece que dudamos si pueden nuestros exiguos conatos y flacas fuerzas conseguir algo en tan gran desastre.

¿Quién de nosotros no se avergonzaría, y con razón, de no conocer la devoción al Corazón Sacratísimo, su doctrina, su historia, su práctica?

Aunque el Señor no hubiera otorgado a la Compañía especial encargo, los solos documentos pontificios que a ella se refieren, darían a esta devoción tal peso de autoridad que sería indigno de los NN. el prescindir de ella.

Empero el conocerla y darla a conocer de poco aprovecha si no honramos y hacemos honrar prácticamente al Corazón del Señor; y esto, con sencillo corazón, corazón amante y que devuelve con todas las fuerzas amor al Señor «que nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros». Aquel sincero y eficaz amor de Cristo, que hemos sacado de los Ejercicios de N. S. Padre, naturalmente nos conducirá a todo lo que es propio de esta devoción, a saber: la consagración, ya privada, ya colectiva, la práctica de los primeros viernes; el cotidiano y sincero ofrecimiento de obras, según el espíritu del Apostolado de la Oración, la Hora Santa, la consagración de las familias, la entronización de la imagen del Sagrado Corazón; entre estas prácticas sobresale la comunión mensual reparadora, acerca de la cual es muy de notar cuán eficaz se ha venido mostrando para reducir a los pecadores, para conservar la fe y las costumbres dignas de un cristiano. De este sincero amor brotará naturalmente el deseo de penitencia, por la cual, en unión con el Divino Corazón, repararemos nuestros pecados y los ajenos.

Ya en el año 1932, en pleno auge de materialismo, recordaba Pío XI la palabra del Señor: «Este género de demonios no se arroja sino por la oración y el ayuno». Y añadía: «Creemos que esta divina advertencia... debe aplicarse también exactamente a los males de nuestros tiempos, que sólo mediante la oración y la penitencia pueden conjurarse». ¡Cuánto más ahora en nuestros días, urge la obligación de que todos, unánimes en la oración, la caridad y la penitencia, asociados al Corazón de Jesús en una como universal Cruzada, hagamos frente a los males comunes!

(De la Carta sobre la necesidad de la práctica de la devoción al Divino Corazón de Jesús en nuestro tiempo, 15-8-1949).

El «Encargo suavísimo» del Sagrado Corazón a la Compañía de Jesús

Juan Manuel IGARTUA sj.



Por su tremenda actualidad, reproducimos este artículo que fue publicado en CRISTIANDAD en el n.º 651-653 del pasado año, con ocasión del discurso del Papa Juan Pablo II al Congreso de Directores del Apostolado de la Oración tenido en Roma los días 12-14 de abril de 1985. El tema de este artículo es precisamente el mismo de la carta del Papa al General de la Compañía.

I. El 2 de julio de 1688, fiesta en el calendario litúrgico de la Visitación de la Virgen María a Santa Isabel (que después ha sido trasladada por la reciente modificación litúrgica al 31 de mayo), tuvo lugar la notable visión de Santa Margarita María de Alacoque, que relacionaba de manera especial a la Orden de la Visitación (Salesas), a la que pertenecía la santa, y a la Compañía de Jesús (a la que había pertenecido su santo Director espiritual Beato Claudio de la Colombière, fallecido seis años antes), con el misterio y culto deseado por el Señor acerca de su Sagrado Corazón. Recogemos varios datos del pequeño libro publicado en la provincia Tarraconesa de la Compañía de Jesús por su Provincial P. Sayós, con ocasión del Año Santo de 1950.

He aquí el relato que la propia santa hace de su visión a su antigua superiora y confidente, M. de Saumaise en carta del 28 de agosto del mismo año (Carta 89 —90 edic. castellana— de la Santa en las **Obras completas**):

«Os diré que habiendo tenido la dicha de pasar todo el día de la Visitación delante del Santísimo Sacramento... se me representó un lugar muy eminente, espacioso y admirable por su belleza, en cuyo centro había un trono de llamas, y en él estaba el amable Corazón de Jesús con su llaga, que despedía rayos tan ardientes y luminosos que todo aquel espacio queda iluminado y caldeado con ello. La Santísima

Virgen estaba a un lado, y al otro san Francisco de Sales con el santo P. de la Colombière, y se veía a las Hijas de la Visitación acompañadas de sus ángeles...

Después (de hablar a las hijas de la Visitación, declarándoles su elección para poseer aquel divino tesoro), volviéndose hacia el buen P. de la Colombière, esta Madre de bondad le dijo: Y tú, siervo fiel de mi divino Hijo, tienes gran parte en este precioso tesoro; pues si fue dado a las Hijas de la Visitación conocerlo y distribuirlo a los demás, está reservado a los Padres de la Compañía hacer ver y conocer su utilidad y valor, a fin de que se aprovechen todos de él, recibéndolo con el respeto y agradecimiento debido a tan gran beneficio. Y a medida que le den este gusto, el divino Corazón, fuente de bendiciones y gracias, las derramará tan abundantemente en el ejercicio de su ministerio, que producirán frutos superiores a sus trabajos y esperanzas, incluso para la salvación y perfección de cada uno de ellos.

Todavía en otras dos cartas (100, 107) a la misma M. de Saumaise repite la misma convicción en relación a la elección de la Compañía para esta misión, declarando específicamente que «este divino Corazón desea ardientemente ser conocido, amado y honrado particularmente por esos buenos Padres. Haré notar que la relación misma de

esta visión, con las propias palabras de la santa, se halla incluida en la Bula de canonización de la Santa por Benedicto XV, dándole así un relieve mayor. En sus palabras destacan dos elementos: la elección de la Compañía de Jesús para tal misión, y la figura del Padre de la Colombière, hoy Beato, a quien la Virgen llama «**siervo fiel**», en un eco de lo que el Señor dijo a la Santa cuando le puso en su camino como director elegido por el mismo Señor: «**Yo te enviaré mi siervo fiel y perfecto amigo**» (Carta 132, 3.^a al P. Croiset).

En sus cartas al citado Padre, que parecía sustituir a su Director, ya fallecido, en cuanto a las confidencias (diez cartas en total, llamadas de Aviñón, por haberse conservado allí en el archivo), la santa veía en el P. Croiset, todavía joven, y ferviente en sumo grado, al que podía ampliar al público el conocimiento de la nueva devoción, que el P. La Colombière había sido el primero en dar a conocer tras su muerte por su libro del **Retiro**. Le repite estas noticias diversas veces. He aquí algunas muestras sobre la parte que tiene la Compañía en la difusión de esta devoción:

«Mucho espera El de vuestra Santa Compañía para este objeto, y tiene sobre ella grandes designios. Esta es la razón porque se ha servido del buen Padre la Colombière para dar comienzo a la devoción de ese adorable Corazón, como espero que vos seréis uno de los que se valdrá para introducirla en vuestra Orden» (c. 131, 2.^a Croiset).

No puedo menos de creer que, si esta devoción ha nacido en la Visitación, progresará por medio de los RR.PP. Jesuitas. Y creo que por esto precisamente escogió al bienaventurado amigo de su Corazón (P. La Colombière) para el cumplimiento de este gran designio» (c. 132).

Y en una carta, en fin, que va dirigida a su Director, sin que conste cuál fuera éste (P. La Colombière, o Croiset u otro), expone su convicción con estas firmes palabras, que parecen aludir a otras ocasiones distintas de la del día de la Visitación, pues habla del propio Jesucristo como declarador de la misión especial:

«Jesucristo me ha dado a conocer, de una manera que no deja lugar a duda, que prin-

cialmente por medio de los Padres de la Compañía de Jesús quería establecer en todas partes esta sólida devoción, y formarse con ella un número infinito (muy grande) de siervos fieles y de amigos perfectos y de hijos verdaderamente agradecidos» (c. 141).

En esta carta y expresiones aparece con claridad que ahora ya es el propio Jesucristo quien ha repetido a la santa su voluntad y deseo respecto a la Compañía de Jesús. Y con esto aparece la designación de tales apóstoles, seguramente también todos los que ayudan en esta obra divina, con el nombre dado antes al Beato Claudio la Colombière: «**Siervos fieles y perfectos amigos**». Y respecto al primer elegido para esta gran empresa, el Beato Claudio, la santa muestra su convicción de la glorificación del mismo en estas palabras con que declara su santidad y gloria: «**Conviene dirigirse a su fiel amigo, el buen Padre Claudio de la Colombière, a quien él ha otorgado un gran poder, encargándole, por así decirlo, de lo tocante a esta devoción. Si no me engaño, esta devoción del Sagrado Corazón le ha hecho muy poderoso en el cielo, y le ha elevado más en la gloria que todo lo restante que hubiera podido hacer durante el curso de su vida**» (c. 132).

El propio La Colombière, en sus escritos del Retiro de Londres de ocho días, estando allí como predicador de la Duquesa de York, casada con el hermano del rey, declara su elección por el Señor para esta misión, copiando el texto redactado por santa Margarita María a petición de él mismo en su retiro de Londres de 1677. Dice así en su nota:

«Habiéndose Dios descubierto a la persona que hay motivo para creer que es persona según su Corazón, por las grandes gracias que le ha hecho (santa Margarita), ella se me manifestó a mí, y yo la obligué a poner por escrito lo que me había dicho. Y esto es lo que he querido copiar de mi mano, porque quiere el buen Dios valerse de mis débiles servicios en la ejecución de este designio» (c. Escritos espirituales Beato la Colombière, Bilbao 1979, p. 161-2).

Sigue la copia del texto de la santa sobre la gran Revelación destinada a ser aprobada por la

Iglesia, con el establecimiento de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Al fin, dice: «Dadme, le dije, el medio para hacer lo que me mandáis. — Dirígete a mi siervo el P. La Colombière, y dile de mi parte que haga todo lo posible para establecer esta devoción, y dar este gusto a mi divino Corazón. Que no se desanime por las dificultades que para ello encontrará, y que no le han de faltar. Pero debe saber que es todopoderoso aquel que desconfía enteramente de sí mismo para confiar únicamente en mí».

Cuando muere el Beato en Paray-le-Monial, porque lo ha dispuesto así el Señor en su divina providencia, el 15 de febrero de 1682, su Retiro con esta página celeste no queda inédito. Su fama de santidad hace que sea publicado en 1684, y leído en 1685 en el refectorio de Paray ante la comunidad, estando presente la propia Margarita María, a la que califica de «persona según su Corazón, a la que ha hecho grandes gracias». Fue como un trueno en el convento, y así fue dado a conocer en el mundo el admirable designio de la devoción al Sagrado Corazón, con los nombres de sus dos principales promotores iniciales: la santa fue beatificada en 1684 por Pío IX y canonizada en 1920 por Benedicto XV; La Colombière fue beatificado en 1929 por Pío XI. Todas las indicaciones anteriores nos sitúan para poder comprender el llamado **«encargo suavísimo del Sagrado Corazón a la Compañía de Jesús»**.

Aunque hubo desde la vida misma de la Santa ya jesuitas promotores fervientes de la devoción, como el citado P. Croiset, y el P. Froment, y poco más tarde en Roma el P. de Gallifet, asistente del General de la Compañía, y en España un extraordinario grupo posterior con los PP. Cardaveraz y Hoyos, con el apoyo del Provincial P. de Prado, y del anterior Villafañe, con la eminente colaboración de los PP. Calatayud, Peñalosa, y Loyola, autor del **«Tesoro escondido»**, primer libro español de esta devoción, todos ellos ardiendo en fuego por este culto, sin embargo hubo que esperar casi dos siglos, como suele suceder, para que la Compañía de Jesús recibiese oficialmente el encargo y lo aceptase. Fue seguramente consecuencia de la beatificación de la santa en 1864.

La Congregación General XXIII celebrada en 1883 para elegir General al P. Anderley, recibió un postulado sobre el fomento en la Compañía de esta devoción. Y sucedió un hecho muy notable, que declara el decreto 46 de la Congregación Ge-

neral. Se suele nombrar una comisión de algunos Padres que examinan los postulados recibidos de la Compañía, y presentan los que juzgan más importantes y dignos a la propia Congregación para que los discuta. Presentado éste del Sagrado Corazón, y leído el postulado, se debió levantar algún Padre proponiendo que se aprobase por aclamación unánime. El Decreto dice así:

«Levantáronse a una todos los PP. Congregados, y aprobaron por unánime aclamación lo siguiente: Declaramos que la Compañía de Jesús acepta y recibe con ánimos rebosante de alegría y gratitud el suavísimo encargo a ella confiado (munus suavissimum) por el mismo Señor Nuestro Jesucristo de practicar, fomentar y propagar la devoción a su divino Corazón» (Decreto 46).

La proclamación del Decreto señala que el compromiso oficial de la Compañía, hecho para secundar el requerimiento del propio Señor a la santa de Paray, es el de **«practicar»** personalmente esta devoción, **«fomentarla»** en sí mismo y en la Compañía universal, y **«propagar»** la devoción por su apostolado de difusión, dándola a conocer, haciendo ver su valor.

II. El iter preparatorio del decreto de aceptación del **«encargo suavísimo»**, por parte de la Compañía de Jesús, podría señalarse así, como lo recuerda el General F.J. Wernz al celebrar en 1914 el centenario de la restauración de la Compañía de Jesús, después de su disolución.

El P. Estanislao Czerniewicz, Vicario General en Rusia Blanca de la Compañía, conservada únicamente y por especial providencia divina en aquella región, por haberse opuesto la emperatriz a que se promulgase en su reino la Bula de disolución papal, exponía ya en 1794 en una circular a los jesuitas que allí quedaban que las circunstancias eran tan difíciles que no bastaba recurrir a los santos de la propia Compañía para alcanzar remedio, sino que había que acudir con fiadamente **«al mismo Corazón de Jesús»**. Porque todos tenían como cosa cierta, dice el P. Roothan, que pudo vivir algún tiempo allí, «que debía considerarse como un prodigio de la mano del muy Alto la conservación de la Compañía en aquella región, que su progresivo acrecentamiento era un favor del Corazón de Jesús, y que sólo de aquel Corazón adorable se había de esperar, como

en realidad se esperaba, su restablecimiento en todo el mundo». Restaurada la Compañía por Pío VII el año 1814, fue su segundo nuevo General (tras los trabajos previos de san José Pignatelli (m. 1811) y otros Padres de aquel tiempo, el P. Luis Fortis (1820-29), el cual sucedió al P. Brozowski (1814-20). El P. Fortis dirigió una carta a la Compañía sobre el culto del Corazón de Jesús, recogiendo la convicción señalada sobre su restauración. En ella se amplía esta convicción a la de la duración y prosperidad espiritual de la que destacaron en este aspecto antes de santa Margarita, como el P. Lapuente y Alvarez de Paz Compañía en función de esta devoción y culto, con notables palabras:

«La Universal Compañía tanto habrá de durar y prosperar, cuanto sea el empeño y solicitud de sus hijos por promover y adelantar el culto del Sagrado Corazón en sí y en los demás... y depende de ese mismo sagrado culto todo el buen ser y crecimiento de nuestra Compañía, así como las gracias para los que propagasen ese culto» (Carta del P. Wernz, en 1914, sobre la restauración de la Compañía de Jesús).

El General que siguió al P. Fortis, el holandés Juan Roothan en 1829-53 insistió sobre este gran tema en su importante carta sobre el culto y devoción del Sagrado Corazón en la Compañía de Jesús. Después de un recorrido sobre los orígenes remotos de este culto en los santos Padres, de los que cita a san Agustín y san Bernardo expresamente (pudiendo haber citado, como hará Pío XII en la **Haurietis Aquas**, a otros, a partir del amor de la misma Virgen María ante la Cruz), menciona varios Padres de la Compañía o Saint Jure y Gaudier, llega a situar el nuevo desarrollo de la devoción en «la Venerable» (entonces ya lo era) virgen Margarita María» y el Padre Claudio de la Colombiere «varón no menos ilustre por su doctrina que su santidad». Explica cómo la tormenta se abatió sobre la Compañía, promovida por los mismos enemigos de la Iglesia que desataban la campaña contra el culto del Corazón de Jesús. Este culto fue vindicado abiertamente por Pío VI contra el Sínodo de Pistoya, y Pío VII «resucitó la Compañía a nueva vida» (sic). Roothan da testimonio del fervor ya relatado que había en la Compañía en Rusia durante la extinción, del que fue testigo directo, y sobre el encargo del Sagrado Corazón a la Compañía

pañía manifiesta que «la Compañía, que había sido ennoblecida con el augusto Nombre de Jesús era muy conveniente que se distinguiese también en el amor y culto de su adorable Corazón». Quiero recordar aquí un testimonio particular del que tengo certeza de las mismas palabras breves y concisas, que leí en la explicación de Reglas conservada del P. Baltasar Alvarez, que fue Maestro de Novicios **más de un siglo antes** de la revelación hecha a santa Margarita María. Son palabras llenas de admirable espíritu y amor, y que en la lectura de ellas resultan proféticas; hablando del nombre de la Compañía:

«Jesús nos ha dado ya su Nombre. ¿Qué queda sino que nos dé su Corazón?».

Estas palabras muestran con claridad el justo ensamblamiento que el «encargo suavísimo» tenía con la estructura institucional de la Compañía. El P. Roothan muestra en su carta la adecuación de esta devoción con el espíritu de san Ignacio, y con sus Ejercicios espirituales, cuya petición de la segunda semana: «Conocimiento interno de Cristo para que más le ame y le siga», menciona Roothan; y Pío XI en la **Miserentissimus Redemptor** sobre la reparación en esta devoción y culto (1928) habrá de decir: «Es el compendio de toda religión y la norma de vida más perfecta, porque guía suavemente las almas **al perfecto conocimiento de Cristo Señor nuestro**, y con la mayor eficacia **las mueve a amarle apasionadamente, y a imitarle más de cerca**» (n. 3). Conocer profundamente, amar ardientemente, imitar con perfección, las tres cualidades excelentes de esta devoción corresponden a la triple petición fundamental de la segunda semana ignaciana.

El General siguiente al P. Roothan fue el P. Pedro Beckx, quien tuvo un generalato de muy larga vida, durando en él hasta treinta y cuatro años. En 1883, cuatro años antes de su muerte, fue elegido Vicario General con derecho a sucesión el P. Anderledy, que le sucedió a su muerte en 1887. El P. Beckx publicó una breve carta, exhortando en medio de las grandes tormentas y dificultades que experimentaba la Compañía todavía a dirigirse con plena confianza al Corazón de Jesús, que en su misericordia se mostraría benigno, pues ha prometido recibir a los que a El vengán y a su santísimo Corazón, así «de modo particular a nosotros a quienes se ha dignado con bondad ine-

fable encomendar la propagación de esta devoción». En la elección del P. Anderledy como Vicario General, y prácticamente General ya dada la edad del P. Beckx, se produjo la clamorosa y unánime aceptación del encargo del Sagrado Corazón por la Compañía, que hemos recordado antes. Al llegar el año 1888, segundo centenario del «encargo suavísimo» en la fiesta de la Visitación de 1688, Anderledy dirigió una carta a la Compañía sobre tal conmemoración, larga y llena de espíritu. Ya era General de pleno derecho. Recuerda el inmenso amor de Jesucristo a la humanidad, y que el mismo Señor nos enseñó que el corazón es la fuente del amor, al mandarnos amar a Dios **«de todo corazón»** (Mt 22, 37). Así acudía ya a las fuentes de la misma revelación en esta devoción. Por eso, dice, el Señor ha podido decir luego: **«He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres»**. La obra de la encarnación y Redención es obra del amor: **«Tanto amó Dios al mundo»** (Jn 3, 16). Recuerda las promesas del Sagrado Corazón en santa Margarita, ya beata, y le parece que al que conoce tales promesas y no se entrega, se le debiera calificar de «insensato». Aprovecha la carta para recomendar la devoción también al Corazón Inmaculado de María, cuya consagración se hizo también entonces en la Compañía.

Sigue al P. Anderledy el P. Luis Martín, español burgalés, del que no hay documento especial en este aspecto, y luego el P. Wernz, de quien ya hemos recordado la carta en el centenario de la restauración de la Compañía. En 1915 es elegido General el P. Wlodimiro Ledóchowski, polaco, cuyo generalato resulta especialmente fecundo en la Compañía en duración (1915-1942) y en documentación. La Congregación General 26, que lo eligió renovó la aceptación del encargo suavísimo y declaró juntamente que el modo mejor de promover esta devoción en la Compañía es el Apostolado de la Oración, a quien da así cabida oficial en la Compañía, donde ya funcionaba bajo el propio P. General (1928).

Todavía en tiempo del P. Ledóchowski hubo otras dos nuevas Congregaciones Generales. La 27 fue convocada en 1923 para ajustar la legislación de la Compañía al nuevo Código de Derecho Canónico, aparecido en 1918 con fuerza de ley en la Iglesia. La Congregación General recuerda de nuevo el «encargo suavísimo aceptado por la Compañía con ánimo agradecidísimo», y de nuevo propone el Apostolado de la Oración como medio

principal de propagar la devoción. La 28 tuvo lugar en el año 1938, y en ella se adaptó mejor la legislación a las necesidades del tiempo y se revisó el trabajo anterior. Coincidió el año con el 250 aniversario el encargo suavísimo de 1688. Su Decreto 20 tomó pie de esta coincidencia para renovar la recomendación de vivir esta devoción, confirmando el decreto de la CG 27 que lo había urgido de nuevo, y recomendó que se viviese el espíritu eclesial de oración y penitencia reparadora proclamado por la reciente Encíclica de Pío XI en 1932 «Charitate Christi compulsi», en que el Papa propone tal espíritu para las graves necesidades del tiempo, especialmente con la gran crisis económica y la ruina de 1929, y el tremendo ataque «como jamás se vio en la historia, de la guerra contra Dios», proclamada por el comunismo ateo militante. El Papa en medio de tan graves peligros propone a Jesús y María como Mediadores, Ella con su Hijo, Jesús con el Padre como único Mediador universal, y ofrece la fiesta y devoción del Sagrado Corazón como la del Salvador del género humano, el cual «no podrá dejar de responder a su Iglesia, llena de males: Grande es tu fe, hágase como tú quieres». El P. Ledóchowski solicitó la misa votiva del Sdo. Corazón para la Compañía en los primeros viernes, y al comunicarlo escribió una hermosa carta sobre la devoción, proponiendo diversos medios para vivir y promover esta devoción, y en especial la solemne celebración pública de la fiesta, y otras prácticas. Dice en esta carta estas hermosas palabras: **«Sea esta devoción el distintivo que todos tengan para conocer a primera vista a un hijo de la Compañía»**. Estas hermosas y graves palabras nos hacen recordar una preciosa anécdota de san José Pignatelli, que tanta parte tuvo en la restauración de la disuelta Compañía, y es llamado con razón «el eslabón entre la antigua y la nueva Compañía». Pues estando en una ocasión contemplando con amor un cuadro del Sagrado Corazón, le dijo un eclesiástico: «Usted debe ser jesuita. Se le conoce en el modo de mirar al Sagrado Corazón de Jesús».

Muerto el P. Ledóchowski en plena guerra mundial, fue sustituido por dos Vicarios Generales sucesivos, PP. Magni y de Boynes, en 1942 y 1944. Terminada la guerra fue elegido General el belga P. Janssens, lleno del espíritu del Apostolado de la Oración, como se vivía en su antigua provincia de Flandes. Su elección tuvo lugar en 1946, en cuanto el fin de la guerra mundial lo hizo

posible. En la CG 27 que adaptó al Derecho eclesial el de la Compañía, se había aprobado la confección del llamado «Epítome del Instituto», que no tenía valor de ley nueva, sino que era simplemente la colección manual y vigente de leyes de la Compañía hasta el momento, ordenada por los mismos títulos que las Constituciones ignacianas, en forma de cánones o leyes sacadas, ya de las Constituciones ya de los decretos de las Congregaciones Generales. Fue confeccionado por el P. Ledóchowski, por encargo de dicha CG, y su fin era práctico. Tras la CG 29, que eligió al P. Janssens, fue incorporado al número que trataba del encargo suavísimo y de los frutos «superiores a las esperanzas», que la devoción del Sagrado Corazón trae consigo en la Compañía, la mención de la renovación de las dos Congregaciones a los dos Corazones de Jesús y María, en sus fiestas respectivas. La del Sagrado Corazón, recuerda, se celebró en 1871 (P. Beckx), y la del Corazón de María fue hecha por la CG 23, la del «encargo suavísimo», y «renovada después de la guerra mundial por la CG 29».

El P. Ledóchowski, con ocasión de aquel 250 aniversario del encargo suavísimo, escribió otra carta a la Compañía sobre el mismo y sobre el decreto de la CG 28 que renovaba su recuerdo, y en esta carta hablaba de nuevo del P. La Colombière como elegido para aquella misión. El P. Janssens escribió otra carta en 1949, al tercer año de su generalato, sobre el centenario de la importante visión de san Pedro Canisio en 1549, cuando en el día de sus votos solemnes se hallaba en la Basílica Vaticana y recibió, junto con la misión divina sobre Alemania, los raudales de la divina fuente del Sagrado Corazón, donde se le mandaba beber (siglo y medio casi antes de santa Margarita). En esta carta, con humildad el P. Janssens declara que «el Señor nos perdone. Nosotros no siempre hemos usado del regio don de su amor como era de desear». Añade más lejos: «¿Quién de nosotros no se avergonzaría, y con razón, de no conocer la devoción al Sagrado Corazón, su doctrina, su historia, su práctica?». Y da una nueva razón para el «encargo»: «Aunque el Señor no hubiera otorgado a la Compañía especial encargo, los solos documentos pontificios que a ella se refieran, darían a esta devoción tal peso de autoridad que sería indigno de los nuestros prescindir de ella». Los síntomas de la crisis se dejaban tal vez notar en el ambiente, todavía

muy sutilmente, trastocado todo por la gran guerra.

Murió el P. Janssens poco antes de la clausura del Concilio Vaticano II, en 1964, fue elegido como nuevo General en mayo de 1965 el P. Pedro Arrupe, español. Todo parecía presagiar un refloreCIMIENTO de la devoción en la Compañía de Jesús. Pablo VI había escrito una carta a las religiones que llevaban el nombre o se distinguían, como la Compañía, por esta devoción, para que le diesen un nuevo auge, casi coincidiendo con la elección del P. Arrupe como General (**Disserti interpretes**, 25-5-1965). Esta Carta y documento seguía a la Carta Apostólica dirigida a toda la Iglesia sobre este culto y devoción, con ocasión del centenario de la institución de la fiesta pedida por el mismo Señor, e instaurada en la Iglesia litúrgicamente por Pío IX en 1865, un año después de la beatificación de santa Margarita María (Pablo VI, **Investigabiles divitas**, 6-2-1965). La Congregación General 31, que eligió al P. Arrupe, se celebró en dos sesiones discontinuas. Su último decreto, aprobado casi al fin de la misma, propone esta devoción y culto a toda la Compañía, siguiendo la tradición anterior. Siguiendo los deseos y peticiones del Sumo Pontífice la CG, terminada el 16 de noviembre de 1966 en su segunda sesión, con un discurso de Pablo VI a los reunidos, la CG pide a todos que saquen de esta devoción la deseada renovación de mentalidades y costumbres, pedida por el Vaticano II. Sin embargo, aflora ya en el decreto la sombra de la crisis de la devoción también en la Compañía.

«A nadie se le oculta —dice— que la devoción al Sagrado Corazón en nuestros días, al menos en algunas partes del mundo, ejerce sobre los mismos jesuitas y sobre los fieles un poder de atracción menor que antes, debido quizás a las formas externas menos adecuadas con que se las presenta».

Estas palabras mostraban ya la existencia de una baja sensible en el entusiasmo por la devoción que las CG anteriores propusieron a todos los jesuitas. Esta sombra no dejará de hacerse notar durante el generalato del P. Arrupe, según su propia declaración personal. El renovó la consagración de la Compañía, modificando la fórmula con acentos más nuevos fundados en la visión de la Storta de san Ignacio, en que se le mostraba Jesús, y se le decía a Ignacio: «Quiero que tú nos sirvas».

El P. Arrupe parecía un hombre preparado para dar un gran impulso personal a esta devoción, que había tenido siempre en el centro del propio espíritu. En una conferencia tenida en Roma, en un curso de espiritualidad de jesuitas, el 6 de febrero de 1981, justamente seis meses antes del fulminante ataque de su enfermedad, que le inutilizó físicamente y forzó al fin su dimisión como General en 1983, decía esto sobre sí mismo:

«El amor es lo más profundo y lo que da unidad a toda la obra de Jesucristo. El amor es también lo más profundo de nuestra vida y actividades... Ahora bien, el símbolo natural del amor es el corazón. De aquí que el Corazón de Cristo sea el símbolo natural para representar e inspirar nuestra espiritualidad personal e institucional.»

Por eso quiero decir algo que juzgo no debo callar. Desde mi noviciado siempre he estado convencido de que en la llamada "Devoción del Sagrado Corazón" está encerrada una expresión simbólica de lo más profundo del espíritu ignaciano, y de una extraordinaria eficacia —*ultra quam speraverint*— tanto para la perfección propia como para la fecundidad apostólica. Ese convencimiento lo poseo aún.

Podrá haber extrañado a alguno que durante mi generalato haya hablado relativamente poco de este tema. Ha habido en ello una razón que podríamos llamar pastoral. En décadas recientes la expresión misma "Sagrado Corazón" no ha dejado de suscitar en algunas partes reacciones emocionales y alérgicas, quizá en parte como reacción a formas de presentación y terminología ligadas al gusto de épocas pasadas. Por eso me pareció que era aconsejable dejar pasar algún tiempo en la certeza de que esa actitud, más emotiva que racional, se iría serenando... Por este motivo, muy a mi pesar, he hablado y escrito relativamente poco sobre esta materia, aunque de ello he tratado frecuentemente en conversaciones a nivel personal, y en esta devoción tengo una de las fuentes más entrañables de mi vida interior. Al terminar este ciclo de conferencias sobre el carisma ignaciano, no podía dejar de dar a la Com-

pañía una explicación de este silencio, que espero será comprendido».

Sin entrar a juzgar la actitud del P. Arrupe, y su propia estimación de la situación actual en la Compañía, no cabe duda de que es un testimonio irrecusable de la crisis en que ha entrado en la Compañía de Jesús la devoción del Sagrado Corazón, cuando su General juzga más prudente no hablar de ella por temor a no ser comprendido. Es el reverso de la medalla de la situación de la Compañía restaurada en 1814. Para aquellos Padres hubiese sido un dolor comprobar que se podía llegar a tal situación.

Es cosa evidente que tras el Concilio una fuerte crisis ha sacudido la Iglesia y las órdenes religiosas en ella. Ha sido proclamado esto por Pablo VI y por Juan Pablo II. El primero ha hablado de una acción personal del demonio para provocarla, en palabras que causaron sensación. En lo que toca a la Compañía de Jesús son evidentes los datos que comprueban tal crisis profunda. Bastará recordar, como muestras convincentes, que el número de miembros de la Compañía se ha reducido y disminuido, durante el generalato del P. Arrupe, en 10.000. Bastará recordar asimismo que tres Papas, Pablo VI, Juan Pablo I y II, han juzgado necesario hacer firmes advertencias oficiales a la Compañía. Bastará recordar que la crisis llegó al punto del vértice en la votación contraria al parecer de Pablo VI, públicamente manifestado, en la CG. 32 de 1974-75. El reciente libro de Alain Woodrow, el cronista de asuntos religiosos de *Le Monde*, titulado *Los jesuitas*, ofrece en su lectura la visión de los varios aspectos del desarrollo de esta crisis, con sus puntos positivos y negativos (acentuando más aquellos, ciertamente, el autor) de manera innegable.

Pero juzgo que el documento, indiscutible y de autoridad manifiesta en el caso, que ofrecemos del juicio del P. Arrupe sobre la actitud existente en amplios sectores de la Compañía sobre la devoción del Sagrado Corazón es el que más claramente muestra la penetración interna de la crisis en el espíritu de la Compañía. Baste recordar las palabras del P. Fortis, primer General de la Compañía restaurada tras el P. Brozozowsky:

«La universal Compañía habrá de durar y prosperar cuanto sea el empeño y solicitud de sus hijos por promover y adelantar el culto del Sagrado Corazón en sí y en los

demás... y depende de ese mismo sagrado culto todo el buen ser y el crecimiento de nuestra Compañía».

Estas graves palabras, que antes hemos citado, tomadas a la carta del P. Wernz al celebrar el centenario de la restauración, muestran así un claro signo de grave crisis en la Compañía, a pesar de todos los juicios optimistas emitidos. Y tal signo es proclamado por el propio General de la Compañía después de una larga experiencia en ella. Y se ofrece el pensamiento de si la crisis de esta devoción en la Compañía podrá ser no sólo **signo** sino también **causa** de su crisis espiritual misma.

La experiencia del P. Arrupe la resume él mismo así:

«Si queréis un consejo, después de cincuenta y tres años de vida en la Compañía, y de casi dieciséis de generalato, os diría que en esta devoción al Corazón de Cristo se esconde una fuerza inmensa, que a cada uno toca descubrir y profundizar».

Y añade certeramente:

«No caigamos en la presunción de creernos superiores a esta devoción que se expresa en un símbolo. No nos unamos a los sabios y prudentes de este mundo, a quienes el Padre oculta sus misteriosas realidades, mientras se las enseña a quienes son o se hacen pequeños. Si no cambiáis y os hacéis como niños... Son palabras de Cristo, que podríamos traducir así: — Si queréis, como personas y como Compañía, entrar en los tesoros del Reino y contribuir a edificarlo con extraordinaria eficacia, haced como los pobres a quienes queréis servir».

Termina con una sencilla amonestación, que puede ir dirigida al corazón de la actual crisis de cambio de dirección, a través del desarrollo del decreto famoso de la promoción de la justicia; puesta así en boca de Cristo:

«Tantas veces repetís que los pobres os han enseñado más que muchos libros:

aprended de ellos esta lección tan sencilla. Reconoced mi amor en mi Corazón».

Nombrado por Juan Pablo II el P. Paolo Dezza Delegado apostólico, por razón de la enfermedad que había inutilizado al P. Arrupe, quiso el P. Dezza recordar a toda la Compañía de nuevo el valor de esta devoción, citando el mismo texto sobre los pobres y los sencillos del P. Arrupe que hemos transcrito. La ocasión la dio el centenario de la muerte del Beato Claudio de la Colombière el 15 de febrero de 1982. Después de recordar su figura, el Delegado apostólico recuerda que «la espiritualidad de la Compañía, ordenada providencialmente a profundizar en el amor del Señor, tal como se representa en el misterio del Corazón de Cristo, había ya suscitado, desde el tiempo de san Ignacio, insignes apóstoles jesuitas de este culto, con lo que la acción del Beato Claudio contribuyó a marcar de manera característica la historia de la Compañía. Recuerda exhortación de Pablo VI a la CG 31, y el decreto de ésta, así como su confirmación en la CG 32, y la encíclica de Juan Pablo II **Dives in misericordia**.

¿Nos disponemos a remontar la crisis sufrida? Se presenta una ocasión buena y próxima, que ha de ser preparada, y que sabemos que la Compañía se dispone a celebrar: el centenario en 1988 del «**encargo suavísimo**». Haga el Señor que el nuevo General P. Peter Hans Kolvenbach, con su espiritualidad interior bebida en la liturgia y piedad del Oriente, sea un segundo General holandés (tras el P. Roothan), que dé un nuevo impulso a esta devoción. Quiera el Señor, como pide el P. Dezza y desean muchos en la Compañía, que el Beato Claudio de la Colombière llegue para esta conmemoración a la gloria de los santos. Es un admirable ejemplo, tanto de esta devoción como del cumplimiento de las Constituciones de la Compañía de Jesús por espíritu de amor voluntario. Sea él nuestro valedor ante el Señor, con san Ignacio, y sea este centenario una fecha de nuevo florecimiento de la Compañía de Jesús por la devoción del Corazón de Jesús. Este es el riego poderoso que ha de hacer reflorar la hermosa planta, si se hallaba mustia, seca y decaída.

Juan Pablo II en Paray-le-Monial

Homilía del Papa durante la Misa celebrada en el Parque de los Peregrinos, domingo día 5 de octubre

EL CORAZON DE JESUS FUENTE DE AMOR Y RIQUEZA ESPIRITUAL PARA LAS FAMILIAS CRISTIANAS

1. «Os daré un corazón nuevo...» (Ez 36, 26).

Nos encontramos en un lugar donde estas palabras del Profeta Ezequiel resuenan con fuerza. Fueron confirmadas aquí por una sierva pobre y escondida del Corazón divino de Nuestro Señor: Santa Margarita María. Cuántas veces, en el curso de la historia, la verdad de esta promesa ha sido confirmada por la Revelación, en la Iglesia, a través de la **experiencia de los santos**, de los místicos, de las almas consagradas a Dios. Toda la **historia de la espiritualidad cristiana** lo atestigua: la vida del hombre creyente en Dios, en tensión hacia el futuro por la esperanza, llamado a la comunión del amor, esta vida es la del corazón, la del **hombre «interior»**. Ella está iluminada por la verdad admirable del Corazón de Jesús que se ofrece a Sí mismo por el mundo.

¿Por qué **la verdad sobre el Corazón de Jesús** nos ha sido confirmada de modo especial aquí, en el siglo XVII, en el **umbral de los tiempos modernos**?

Estoy contento de meditar este mensaje en la tierra de Borgoña, tierra de santidad, marcada por Cîteaux y Cluny, donde el Evangelio ha modelado la vida y la obra de los hombres.

Estoy contento de volver a proclamar el mensaje de Dios, rico en misericordia, en la diócesis de Autun que me acoge. Saludo cordialmente a mons. Armand Le Bourgeois, Pastor de esta Iglesia, y a su auxiliar, mons. Maurice Gaidon. Saludo a los representantes de las autoridades civiles, locales y regionales. Saludo a todo el Pueblo de Dios aquí reunido, a los trabajadores de la tierra y de la industria, a las familias, en particular a las asociaciones que animan su vida cristiana, a los seminaristas que empiezan su marcha hacia el sacerdocio, a los peregrinos del Sagrado Corazón, sobre todo a la comunidad del Emmanuel, muy ligada a este lugar, así como a todos aquellos que vienen aquí a reafirmar su fe, su espíritu de oración y su sentido de Iglesia, en las sesiones de verano o en otras tareas comunitarias.

Y deseo sentirme también cercano a todas aquellas personas que, gracias a la televisión, siguen desde su hogar esta celebración.

2. «Os daré un corazón»: Dios nos lo ha dicho por el Profeta. Y el sentido se aclara por el contexto. «**Derramaré** sobre vosotros un agua pura que os purificará» (Ez 36, 25). Sí, **Dios purificará el corazón humano**. El corazón, creado para ser hogar del amor, ha llegado a ser el hogar **central** del rechazo de Dios, del **pecado** del hombre que se desvía de Dios para unirse a toda suerte de «**ídolos**». Es entonces cuando el corazón se hace «**impuro**». Pero cuando el mismo interior del hombre **se abre a Dios**,

encuentra la «pureza» de la imagen y de la semejanza impresas en él por el Creador desde el principio.

El corazón es también el **hogar central de la conversión** que Dios desea de parte del hombre para el hombre, con el fin de entrar en su intimidad, en su amor. Dios ha creado al hombre para que éste no sea ni indiferente ni frío, sino que esté **abierto a Dios**. ¡Qué bellas son las palabras del Profeta: «Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne» (Ez 36, 26). **El corazón de carne, un corazón que tiene una sensibilidad humana y un corazón capaz de dejarse captar por el sople del Espíritu Santo.**

Es lo que dice Ezequiel: «Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo...», **mi espíritu** (Ez 36, 26-27).

Hermanos y hermanas: ¡Que cada uno de vosotros se deje purificar y convertir por el Espíritu del Señor! ¡Que cada uno de vosotros encuentre en El una inspiración para su vida, una luz para su futuro, una claridad para purificar sus deseos!

Hoy yo querría anunciar particularmente a las familias la buena nueva del don admirable: ¡Dios da la pureza de corazón, Dios permite vivir un amor verdadero!

3. Las palabras del Profeta prefiguran la profundidad de la experiencia evangélica. La salvación que debe venir está ya presente.

¿Pero cómo vendrá el Espíritu al corazón de los hombres? ¿Cuál será la transformación tan deseada por el Dios de Israel?

Será **la obra de Jesucristo**: el Hijo eterno que Dios no se ha reservado, sino que lo ha entregado por todos nosotros, para **darnos** toda gracia con El (cf. Rom 8, 32), **para ofrecernos todo con El**.

Será la obra admirable de Jesús. Para que ella sea revelada, es preciso esperar hasta el fin, **hasta su muerte en la cruz**. Y cuando Cristo «entrega» su Espíritu en manos del Padre (cf. Lc 23, 46), entonces se produce este **acontecimiento**: «Fueron los soldados..., pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto... **uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado** y al punto salió sangre y agua» (Jn 19, 32-34).

El acontecimiento parecía «ordinario». En el Gólgota éste es el último gesto en una ejecución romana: **la constatación de la muerte del condenado**. ¡Sí, está muerto, está realmente muerto!

Y en su muerte **se revela a Sí mismo hasta el fin**. El corazón traspasado es su último testimonio. Juan, el Apóstol que está al pie de la cruz, lo ha comprendido; a través de los siglos, los discípulos de Cristo y los maestros de la fe lo han comprendido. En el siglo XVII, una religiosa de la Visitación recibió de nuevo este testimonio en Paray-le-Monial; Margarita María lo transmite a toda la Iglesia en el umbral de los tiempos modernos.

A través del Corazón de su Hijo traspasado en la cruz, **el Padre nos lo ha dado todo gratuitamente. La Iglesia y el mundo reciben el Consolador**: el Espíritu Santo. Jesús había dicho: «Si me voy, os lo enviaré» (Jn 16, 7). Su Corazón traspasado testimonia que El «ha partido». El envía en adelante el Espíritu de verdad. El agua que brota de su costado traspasado es el signo del Espíritu Santo: Jesús había anunciado a Nicodemo el nuevo nacimiento «del agua y del Espíritu» (cf. Jn 3, 5). Las palabras del Profeta se cumplen: «Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo».

4. **Santa Margarita María conoció** este misterio admirable, **el misterio transformante del Amor divino**. Ella conoció toda la profundidad de las palabras de Ezequiel: «Os daré un corazón».

A lo largo de toda su **vida** escondida en Cristo, estuvo marcada por el don de este Corazón que se ofrece sin límites a todos los corazones humanos. Ella fue captada enteramente por este misterio divino, como lo expresa la admirable oración del Salmo de este día:

«**Bendice** alma mía al Señor, / y todo mi ser a su santo nombre» / (Sal 102/103, 1).

«¡Todo mi ser!», es decir, «¡todo mi corazón!».

¡Bendice al Señor!... ¡**No olvides sus beneficios!** El perdona. El «cura». El «rescata tu vida de la fosa». El «te colma de gracia y de ternura».

El es bueno y lleno de amor. Lento a la cólera. Lleno de amor: de amor misericordioso, El se acuerda «de que somos de barro» (cf. Sal 102/103, 2-4; 8; 14).

El, verdaderamente El, Cristo.

5. Santa Margarita María estuvo toda su vida **inflamada de la llama viva de este amor que Cristo había venido a alumbrar** en la historia del hombre.

Aquí, en este lugar de Paray-le-Monial, como en otro tiempo el Apóstol Pablo, la humilde sierva de Dios **parecía gritar al mundo entero**: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?» (Rom 8, 35).

Pablo se dirigía a **la primera generación de cristianos**. Ellos sabían lo que eran «la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, e incluso la desnudez» (en los circos, bajo los dientes de las bestias), ellos sabían lo que son el peligro y la espada.

En el siglo XVII resonaba la misma pregunta, planteada por Margarita María a los cristianos de entonces, en Paray-le-Monial.

En nuestro tiempo resuena la misma pregunta, dirigida a cada uno de nosotros. A cada uno en particular, cuando mira su experiencia de la vida familiar.

¿Quién rompe los lazos del amor? ¿Quién apaga el amor que abrasa los hogares?

6. Lo sabemos, las familias de hoy día conocen demasiado a menudo la prueba y la ruptura. Muchas parejas se preparan mal al matrimonio. Muchas parejas se separan, y no saben guardar la fidelidad prometida, aceptar al otro tal como es, amarlo a pesar de sus límites y de su debilidad. Por eso muchos niños están privados del apoyo equilibrado que deberían encontrar en la armonía complementaria de sus padres.

¡Y también, cuántas contradicciones a la verdad humana del amor cuando se rehúsa dar la vida de manera responsable, y cuando se hace morir al niño ya concebido!

¡Estos son los signos de una verdadera enfermedad que alcanza a las personas, a las parejas, a los niños, a la misma sociedad!

Las condiciones económicas, las influencias de la sociedad, las incertidumbres del futuro, se citan para explicar las alteraciones de la institución familiar. Ellas pesan, ciertamente, y es necesario remediarlas. **Pero** esto no puede justificar que se renuncie a **un bien fundamental**, el de **la unidad estable** de la familia en la libre y hermosa responsabilidad de aquellos que unen su amor con el apoyo de la fidelidad incansable del Creador y Salvador.

¿Acaso no se ha **reducido demasiado a menudo el amor** a los vértigos del deseo individual o a la precariedad de los sentimientos? De ese modo, **¿no se ha alejado de la verdadera felicidad** que se encuentra en la entrega de sí sin reservas y en lo que el Concilio llama «el noble ministerio de la vida» (cf. **Gaudium et spes**, 51)? ¿No es preciso decir claramente que buscarse a sí mismo por egoísmo en vez de buscar el bien del otro, a eso se le llama pecado? Y eso es ofender al Creador, fuente de todo amor, y a Cristo Salvador que ofreció su Corazón herido para que sus hermanos encuentren su vocación de seres que unen libremente su amor.

Sí, la cuestión esencial es siempre la misma.

La realidad es siempre la misma.

El peligro es siempre el mismo: **¡Que el hombre se separe del amor!**

El hombre desenraizado del terreno más profundo de su existencia espiritual. El hombre **condenado a tener de nuevo un «corazón de piedra»**. Privado del «corazón de carne» que sea capaz de reaccionar con justicia ante el bien y el mal. El corazón sensible a la verdad del hombre y a la verdad de Dios. El corazón capaz de acoger el soplo del Espíritu Santo. El corazón fortalecido por la fuerza de Dios.

Los problemas esenciales del hombre —ayer, hoy y mañana— se sitúan a este nivel. Aquel que dice «os daré un corazón» puede incluir en esta palabra todo lo que hace falta para que el hombre «llegue a ser más».

7. El testimonio de muchas familias enseña abundantemente que las virtudes de la fidelidad hacen feliz, que la generosidad de los cónyuges, del uno para el otro, y juntos de cara a sus hijos, es una verdadera fuente de felicidad. El esfuerzo del dominio de sí, la superación de los límites de cada uno, la perseverancia en los diversos momentos de la existencia, todo esto lleva a un florecimiento por el que se pueden dar gracias.

Entonces se hace posible soportar la prueba que llega, saber perdonar una ofensa, acoger a un niño que sufre, iluminar la vida del otro, incluso débil o disminuido, por la belleza del amor.

También quisiera pedir a los Pastores y a los animadores que ayudan a las familias a orientarse, que les presenten claramente el apoyo positivo que constituye para ellas la enseñanza moral de la Iglesia. En la situación confusa y contradictoria de hoy, es necesario aceptar el análisis y las reglas de vida que, como fruto del Sínodo de los Obispos, han sido expuestas particularmente en la Exhortación Apostólica **Familiaris consortio**, la cual expresa el conjunto de la doctrina del Concilio y del Magisterio pontificio.

El Concilio Vaticano II recordaba que «la ley divina manifiesta el pleno significado del amor conyugal, lo protege y lo conduce a su realización plenamente humana» (Constitución sobre la Iglesia en el mundo de hoy, **Gaudium et spes**, 50).

8. Sí, gracias al sacramento del matrimonio, en la Alianza con la Sabiduría divina, en la Alianza con el amor infinito del Corazón de Cristo, a vosotras, familias, os es dado desarrollar en cada uno de vuestros miembros la riqueza de la persona humana, su vocación al amor de Dios y de los hombres.

Sabed acoger la presencia del Corazón de Cristo confiándole vuestro hogar. ¡Que El inspire vuestra generosidad, vuestra fidelidad al sacramento con el que vuestra alianza fue sellada ante Dios! Y que la caridad de

Cristo os ayude a acoger y a ayudar a vuestros hermanos y hermanas heridos por las rupturas, y que se encuentran solos; vuestro testimonio fraterno les hará descubrir mejor que el Señor no cesa de amar a los que sufren.

Animados por la fe que os ha sido transmitida, sabed despertar a vuestros hijos al mensaje del Evangelio, y a su función de artífices de la justicia y de la paz. Ayudadles a entrar activamente en la vida de la Iglesia. No descarguéis vuestras responsabilidades en otros, cooperad con los Pastores y los otros educadores en la formación de la fe, en las obras de solidaridad fraterna y en la animación de la comunidad. En vuestra vida de hogar, dad abiertamente su lugar al Señor, rezad juntos. Sed fieles a la escucha de la Palabra de Dios, a los sacramentos y sobre todo a la comunión del Cuerpo de Cristo entregado por nosotros. Participad regularmente en la Misa dominical, que es la reunión necesaria de los cristianos en la Iglesia: en ella, dais gracias por vuestro amor conyugal unido «a la caridad de Cristo que se da a Sí mismo en la cruz» (cf. **Familiaris consortio**, 13); ofreced asimismo vuestras penas con su sacrificio salvador; cada uno, consciente de ser pecador, interceda también por aquellos hermanos suyos que, de muchas maneras, se alejan de su vocación y renuncian a cumplir la voluntad de amor del Padre; recibid de su misericordia la purificación y la fuerza de perdonaros mutuamente; afirmad vuestra esperanza; sellad vuestra comunión fraterna fundándola en la comunión eucarística.

9. **Con Pablo de Tarso, con Margarita María, proclamamos la misma certeza:** ni la muerte ni la vida, ni el presente ni el futuro, ni las potencias ni criatura alguna, nada nos **podrá separar del amor** de Dios manifestado en Cristo Jesús.

¡Tengo la certeza de ello... nada lo podrá jamás!

Hoy nos encontramos en este lugar de Paray-le-Monial para renovar en nosotros mismos esta certeza: «Yo os daré un corazón...».

Ante el Corazón abierto de Cristo, tratemos de sacar de El el amor verdadero que necesitan nuestras familias.

La célula familiar es fundamental para edificar la civilización del amor.

En todas partes, en la sociedad, en nuestros pueblos, en las barriadas, en las fábricas y oficinas, en nuestros encuentros entre pueblos y razas, el «corazón de piedra», el corazón árido, debe cambiarse en «corazón de carne», abierto a los hermanos, abierto a Dios. De ello depende la paz. De ello depende la supervivencia de la humanidad. Esto supera nuestras fuerzas. Es un **don de Dios. Un don de su amor.**

¡Tenemos la certeza de su Amor!

El corazón de Jesús, fuente de amor y de unidad familiar

Mons. EDUARDO GAGNON

He aquí un tema siempre actual. Y una solución más actual que nunca a los problemas de la familia.

Reproducimos un extracto de la conferencia de monseñor E. Gagnon en el III Encuentro Internacional Sacerdotal en Fátima. El autor es, actualmente, Presidente del Consejo Pontificio para la Familia.

Quisiera compartir con vosotros mi profundo convencimiento de que la devoción al Corazón de Jesús y al Corazón de María no es, para los hogares cristianos, una devoción más entre otras mil, que se pueda aceptar o rehusar tranquilamente. Porque entre el Corazón de Jesús y el Sacramento del Matrimonio existe una conexión especial; el amor infinito e incomprensible de Dios se ha servido de dos medios para mostrarse «humano», sensible, palpable: la institución de la familia, y la Encarnación del Verbo.

Con ocasión de un reciente simposio para preparar una asamblea internacional sobre la Tercera Edad e 1982, el Papa Juan Pablo II nos habló (había allí personas de diferentes religiones) y nos dijo:

«Mi pensamiento se dirige a todos los que están abrumados bajo el peso de la enfermedad o de la «inutilidad», a los que llevan la carga de la soledad, del rechazo o del miedo. En la oración, y con amor fraterno, los confío todos al Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra».

Ahora bien, los problemas de los ancianos forman parte de los problemas de la familia moderna, y las palabras del Papa son un ejemplo más de su convicción profunda de que no existe solución a dichos problemas si no es el retorno a la fe, a la confianza y a la obediencia al gran misterio del Amor redentor.

¿En qué consiste el sacramento del matrimonio? No podemos comprenderlo si no comprendemos el amor del Corazón de Jesús. El amor con-

yugal debe ser reflejo del amor de Cristo, que garantiza a los esposos, a la familia, y al mundo entero, la posibilidad de reproducir el amor del Corazón de Jesús que se «encarna» nuevamente a través de los esposos.

Durante largos años de observar y escuchar en ese lugar privilegiado de encuentros que es el Comité para la Familia, he llegado a convencerme de esto: los grandes males de la sociedad de hoy son también males de la familia, y los males de la familia hay que achacarlos al ambiente contaminado en el que vivimos; esa contaminación impregna la atmósfera humana desde que empezaron a sentirse en el mundo los efectos del pecado original; pero hoy quizás hay un elemento nuevo: aquél del que habla el Señor en el Evangelio, cuando dice que los demonios expulsados del poseso retornan más numerosos y con más fuerza que al principio. El Evangelio ha expulsado a los demonios que corrompen la familia en muchos países del mundo, pero desgraciadamente el demonio ha vuelto con más fuerza.

El veneno ha existido siempre, y es dañino sólo en la medida en que nos descuidamos en aplicar contra él el único antídoto válido: la revelación del **amor de Dios**. El mejor medio para rectificar las actitudes del corazón humano causantes de los males familiares es «sumergir» nuestros corazones en el Corazón de Jesús.

¿Cómo es posible que una palabra como «AMOR» haya llegado a tener un significado tan trivial y frágil como el que habitualmente tiene en el clima actual de erotismo e inseguridad? No hace mucho los poetas cantaban la eternidad del amor, su fuerza capaz de superar los obstáculos; ahora se entiende por «amor» un impulso sensible, un sentimiento sujeto a cambios; se cantan canciones como «Te necesito, te necesito», o «amémonos, mientras dure el amor»; hoy se dice que

comprometerse de forma permanente y perseverar fiel a la persona amada es contrario al espíritu moderno y a la necesidad de apertura continua a nuevas experiencias. Se ha llegado a decir en una revista seria de espiritualidad, que para ser fieles a Dios no hace falta asumir compromisos permanentes como el del celibato sacerdotal o el del matrimonio indisoluble. Se abusa de las enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre la importancia del amor en el matrimonio, afirmando que el matrimonio puede deshacerse cuando «el amor muere», cuando el amor pierde el ardor inicial.

Esta crisis del verdadero amor, fuente de tristeza y desánimo aun para familias buenas, va unida a esa mentalidad que sobrevalora el éxito material y el individualismo, que busca más la eficacia y la técnica que las fuerzas del espíritu, que propone como ideales de vida la fortuna, la actividad, el poder. Poco a poco, esta mentalidad relega al segundo plano los auténticos valores familiares: el amor como don de sí mismo, la generosa aceptación de la vida humana, la fidelidad, el espíritu de sacrificio. Las enseñanzas de la Iglesia se ven acosadas por la insistencia en la plena «realización personal» y por las presiones de la opinión pública.

Y añadamos que esta crisis del amor se debe un poco también a que las familias que han encontrado la felicidad y el verdadero amor no se atreven apenas a presentarse como signos visibles de esa alegría familiar radiante que es fruto del Sacramento del Matrimonio.

Los hombres de hoy no entienden el verdadero amor porque el modelo del Amor, el Amor de Dios, no es conocido. Ahora bien, quienes aman a Cristo y quieren que su amor sea conocido y correspondido en todas partes, desean vivamente la claridad y la audacia en la proclamación de la doctrina católica sobre el amor y la familia. Es uno de los motivos por los que el Papa obtiene una respuesta tan clamorosa cuando proclama las verdades más sencillas y fundamentales, verdades que muchos especialistas dicen ser «impopulares» e «inoportunas». El Papa piensa sobre todo en los padres y madres de familia, y en los jóvenes, abandonados como ovejas sin pastor, y por eso va proclamando por todas partes las verdades que iluminan los problemas esenciales de la vida humana y cristiana. Porque una de las razones principales de la mala preparación y de la ruptura casi inevitable de ciertos matrimonios, una de las razones por las que muchos jóvenes no ven la ne-

cesidad de «casarse por la Iglesia», es la ignorancia de lo que el matrimonio significa como sacramento, el no haber entendido qué es lo que convierte al matrimonio en algo sagrado, la falta de una presentación adecuada de este sacramento en el programa de catequesis y en las instrucciones prematrimoniales.

¡Cuántos se engañan creyendo que las dificultades familiares se pueden arreglar sólo con mejorar las condiciones sociales y económicas, olvidando que con frecuencia las familias tienen más peligros precisamente en las sociedades ricas! Busquemos más bien la solución en aquello que constituye la grandeza y la nota característica de este sacramento: en su aptitud para reproducir y revelar **el amor de Dios** a los suyos.

El matrimonio, establecido por Dios al comienzo como una institución natural fundamental, fue luego elevado por Cristo a la dignidad de «sacramento». En el maravilloso proyecto del Creador, el matrimonio estaba destinado a ser un pacto de amor, y por tanto, el signo visible de la alianza de Dios con el pueblo elegido, y, más tarde, de la unidad entre Cristo y su Iglesia.

Ciertamente no es fácil hoy, en medio de tantas dificultades, ver el matrimonio como signo y símbolo del amor de Dios. Parece difícil ver que la vida de los esposos, con todas sus miserias, pueda revelar, día tras día, el amor de Dios a los suyos, y la unión indefectible de Cristo con la Iglesia. Pero, aunque sea difícil, ahí sigue la revelación de la Sagrada Escritura para ayudarnos a descubrir el plan admirable de Dios.

Una atenta lectura de la Biblia nos muestra cómo el Espíritu Santo ha elegido muchas veces el amor conyugal para describir, y ayudarnos a comprender, las características del amor divino. El tema de las bodas es, en los Libros Sagrados, como una clave de interpretación para entender los planes de Dios, para llegar al conocimiento perfecto de su amor; la fecundidad del amor conyugal y su inmanente belleza constituyen el tema de los cantos más bellos de la Biblia. El matrimonio es a la vez un «memorial», una actualización y una profecía de la historia de la alianza. «¡Este misterio es grande!», como decía san Pablo.

Para renovar la teología del Sacramento del Matrimonio, mi tesis es que **la devoción al Sagrado Corazón puede darnos la clave**. Durante 25 años fui profesor de Teología Moral, concretamente del Sacramento del Matrimonio, y digo sinceramente que donde encontré más luz para

entender este sacramento fue en la Encíclica **Haurietis Aquas**, de Pío XII. Y es que la devoción al Corazón de Jesús puede darnos la agudeza de corazón y de mente para captar el sentido de las páginas del Cantar de los Cantares, de los Profetas, de los Salmos, de san Juan, de san Pablo, en las que se describe el AMOR con todas sus exigencias, sus iniciativas y sus reacciones, con una fuerza interior capaz de superar todas las dificultades.

Se entiende así cómo el Esposo divino no se da por vencido jamás, cómo soporta todo —incomprensiones, olvidos, infidelidades, traiciones incluso— por el deseo de salvar el amor y acrecentarlo con el perdón. Este tipo de amor, capaz de comprender y crecer en las pruebas, es el que debe reinar siempre en la vida familiar, en los tiempos de alegría y abundancia y en los tiempos de debilidad y de crisis. Este es el amor cuya posibilidad también hoy han de demostrar las familias cristianas, fortalecidas con el Sacramento del Matrimonio. Misión sublime y difícil, que lleva consigo la seguridad de que la gracia de Cristo no faltará a los miembros de la familia para crecer en la fe y la esperanza.

De hecho, si el matrimonio no fuese el lugar privilegiado del amor perfecto, no habría sido elegido por Dios como símbolo y representación eficaz de Su AMOR. Para los que han sido consagrados a Dios por el bautismo, y viven en gracia, la unión conyugal se convierte en un signo eficaz, una garantía de salvación y de gracia; y ese signo está inserto en el núcleo mismo de su amor humano, no es una añadidura externa.

En su Encíclica sobre el Sagrado Corazón, Pío XII propuso magistralmente los elementos más útiles para comprender ese aspecto del amor conyugal y del Sacramento del Matrimonio. Espigando el fundamento bíblico y patrístico del culto al Corazón de Jesús, va recordando la descripción del Amor, hecha por el Espíritu Santo sirviéndose de los autores inspirados del Antiguo y del Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, Dios emplea términos tomados del vocabulario conyugal y familiar, para describir la fuerza, la ternura y la persistencia de esa alianza de amor que El quería establecer con su Pueblo y mantener incondicionalmente.

Son las mismas expresiones que ha usado la tradición de la Iglesia para describir los sentimientos de amor infinito del Corazón de Jesús cuando ofrecía su vida por nosotros. En el Antiguo Testamento pretendían ayudar a los fieles a

superar el miedo instintivo, y a hacerse una idea más atrayente del Dios que ama y quiere ser amado como padre y como esposo. Del uso de ese lenguaje deducimos que desde el comienzo el Creador quería hacer del matrimonio y la familia una representación, un modo de conocimiento, del **amor de Dios** a nosotros; vemos las relaciones humanas que Dios quería se diesen en la familia, ya antes de Cristo; vemos qué capacidad de amar dio Dios a la familia aun antes de que fuese redimida.

Todo esto tiene que hacernos reflexionar cuando nos vemos tentados a rebajar el nivel del amor conyugal o de la moral conyugal, precisamente después que la muerte y resurrección de Cristo nos han ganado y puesto a nuestra disposición gracias abundantes para superar las dificultades. ¡Cuántas veces he hablado con Pastores que venían al Comité de la Familia con diagnósticos completos y científicos sobre las dificultades de la familia hoy, para decir después que no veían una solución posible! La palabra **imposible** se emplea siempre que se trata de las exigencias de Dios para las familias, pero, ¿cómo podemos hablar de «imposibles» después que Cristo ha muerto y resucitado por nosotros, después de ver en el Antiguo Testamento lo que Dios espera de la familia para que sea símbolo de su amor? ¡Somos demasiado pusilánimes!

Y todavía más: para dar a su Amor por nosotros toda su grandeza y significado, Dios quiso asumir una naturaleza como la nuestra, y **amar con un corazón como el nuestro**. Así la nueva alianza es más noble y sólida que la antigua, porque está rubricada con la sangre del Hijo de Dios. Del Corazón traspasado de Jesús brotan las gracias que nos santifican; en los sacramentos, Cristo resucitado —Hombre y Dios— nos hace capaces de amar como El ama, con un amor que es a la vez corporal y espiritual; esto es importante, sobre todo para el amor que ha de transformar las relaciones vitales entre esposos, y entre padres e hijos.

El Amor divino, del cual el Matrimonio es signo visible, pasa a través del Corazón de Jesús: el amor con el que Dios ha amado a su Pueblo elegido era enteramente espiritual, porque Dios es espíritu; pero el amor de Cristo, descrito en el Nuevo Testamento, se extiende también a los sentimientos y afectos humanos del Corazón de Jesús (HA 23, 25). El Verbo de Dios asumió una verdadera y perfecta naturaleza humana, y se preparó un corazón de carne capaz, como el nues-

tro, de sufrir y ser traspasado. María ha dado a Jesús ese corazón humano con el que El nos ama.

El amor del Corazón de Jesús es, pues, un amor que los cristianos pueden imitar en su vida matrimonial y familiar. El verdadero amor, con el de Jesús, empieza por obedecer el plan de Dios, y está dispuesto a aceptar sufrimientos y sacrificios por el bien de la persona amada. ¡Qué cobardes somos cuando, queriendo ser «misericordiosos» con las familias cristianas, no les presentamos todas las exigencias de la Ley de Dios! Recuerdo un texto de Moral Médica para los hospitales católicos de Canadá, que, después de exponer los textos del Concilio condenando el aborto, la esterilización y la contracepción, añadía: «Pero si esto, según, el parecer del médico, va contra el bien de la persona, el sacerdote debe ser misericordioso» (!).

¡Como si las leyes de Dios no fuesen siempre misericordiosas, como si Dios pidiese imposibles, como si nosotros, permitiendo lo que Dios llama malo, no hiciéramos un mal tercio a lo que llamamos «amar con misericordia»! ¡Cuántos padres destruyen a sus hijos amándolos mal, dándoles demasiado, y equivocadamente! He sido Obispo de una diócesis al norte de Alberta (Canadá), donde la gente era muy rica; los niños me decían: «Nuestros padres nos dan de todo, pero no nos aman, no se dan a nosotros, nunca nos han hecho el regalo de hacernos sentir que ellos necesitaban de nosotros, que necesitaban que nos sacrificásemos por ellos»...

El amor verdadero conserva su fuerza aun en medio de la turbación, de sentimientos de inquietud, de miedo, etc.; se manifiesta con las obras, con la atención a las necesidades de las personas que amamos, con la alegre aceptación de las obligaciones laborales y los deberes familiares. Y se expresa también con las palabras, con el diálogo, comiendo juntos en la mesa familiar.

Los grandes regalos de Cristo a los suyos los ha anunciado en torno a una mesa: en la Última Cena se nos dio en la Eucaristía, y nos explicó el don del Espíritu Santo. Por eso, cuando administro la Confirmación en las Parroquias, al hacer la homilía sobre los textos de la Última Cena que hablan del Espíritu Santo, digo a los padres: «Lo más hermoso que podéis hacer por vuestra familia es... ¡comer juntos! Tal vez esto no coincide con vuestras costumbres, y exige esfuerzos, pero, ¡comed juntos! Que el esposo y la esposa y los hijos estén juntos, porque precisamente en

esos momentos podéis abrir fácilmente el corazón, como lo hizo Jesús en la Última Cena».

El amor necesita esto. El amor de Jesús se expresaba en palabras que animaban, consolaban, instruían, y, si era necesario, reprochaban a los que no respetaban los derechos del Padre. Y el amor de Jesús —nos lo dijo en la Última Cena y en la cruz— se demostró al dar su vida por los que amaba.

Esto último es, quizás, lo más opuesto a la mentalidad corriente hoy día. Sin embargo, ¿qué amor puede llamarse verdaderamente «amor», si no está dispuesto a dar la propia vida, sino que más bien está preocupado de conservarla a toda costa, de mejorarla en lo material, antes que entregarla contribuyendo a la construcción de una sociedad donde haya más adoradores de Dios, que sirviéndole sean más felices?

Sólo el poder infinito del sacrificio de Cristo puede vencer esa oposición entre el amor cristiano y nuestra idea egoísta —a veces puramente materialista— de la vida. La familia cristiana tiene el privilegio de tener acceso directo a ese sacrificio de Cristo mediante el Sacramento del Matrimonio, cuyo significado y eficacia se fundan precisamente en el hecho de que **el amor de Cristo es un amor «conyugal»**.

Desde el cielo, Cristo «no cesa de amar a la Iglesia su Esposa, con aquel ardentísimo amor que palpita en su Corazón» (HA 49). Su amor, que a lo largo de los siglos ha fortalecido a los cristianos y los ha hecho capaces de obras maravillosas, que ha llevado a muchas almas generosas a renunciar a los placeres sensibles y a consagrarse a El en la vida religiosa, sigue derramándose en las almas de los creyentes; y en gran medida, sin duda, para los que están unidos por el Sacramento del Matrimonio y para sus hijos, fruto de su amor conyugal. Pues en el Sacramento del Matrimonio el mismo Jesús viene a los esposos para amar a través de ellos y hacer sus corazones capaces de un amor aún mayor y más generoso.

Una familia que se consagra al Corazón de Jesús y que, por consiguiente, busca momentos de oración en común, encontrará en la Sagrada Escritura un amor con las características de alianza permanente; encontrará en el Corazón de Jesús la fuente del amor que hace falta para las necesidades de cada día, del amor que lleva consigo la comprensión, la benevolencia, la ternura, el servirse mutuamente, la aceptación alegre de las diversidades de cada persona, la búsqueda de

cierta igualdad, la estabilidad, la perfección y el realismo. No hay dificultad, por grande o imprevisible que sea, capaz de destruir un amor así, porque es el amor de Cristo mismo.

Ante la propaganda para planificar los nacimientos, al ver cómo se intenta convencer a las familias para no tener niños, o los menos posible, pienso en las palabras de san Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?» (Rom 8, 35-39). Recuerdo una delegación de Estados Unidos, que quiso convencer al Papa de que, si no se reducía a cero la tasa de nacimientos, habría guerras tremendas. Pero... «¡ninguna criatura podrá separarnos del amor que Dios nos tiene en Cristo Jesús, Señor nuestro!».

Lo más importante es predicar **este amor de Cristo**. Tal convencimiento me ha llevado, después de siete años en Roma, a pedir al Santo Padre permiso para recorrer el mundo como Obispo ambulante, predicando a las familias y a los sacerdotes la buena noticia de la devoción al Corazón de Jesús; sin embargo, el Señor quiere que por ahora vaya despacito...

Diréis que mi ideal es demasiado elevado para el ambiente actual, que pocas familias están dis-

puestas a aceptar la revelación del Amor infinito y encontrar en él solución a sus problemas concretos. Y os respondo que todos los grandes Papas de nuestro siglo han afirmado frecuentemente que la salvación al Sagrado Corazón es una devoción para los tiempos difíciles. Donde abunda el pecado sobreabunda la gracia. El Señor vino para salvar al mundo perdido en el pecado; y desde el cielo, donde sigue ardiendo en el mismo amor que mostró en su vía mortal hacia el Padre y nosotros, el Corazón de Jesús piensa sólo en perdonar y sanar. Por eso, en sus promesas a santa Margarita María aseguró a las familias su bendición para ayudarlas a vivir unidas y contribuir a la salvación del mundo.

¿Por qué rechazar lo que Dios nos propone? Si existen dificultades en la vida de las familias, tengamos al menos la confianza, la audacia, de intentar volver a la devoción al Sagrado Corazón, para encontrar remedio en Él. A pesar de todo lo que se escribía hace cinco o seis años, la familia no ha muerto; sigue teniendo un papel importante. Esforcémonos para darle el puesto que le corresponde en la vida y en la tarea pastoral de la Iglesia.

CONGREGACION GENERAL XXVII: REVISION Y CODIFICACION DEL INSTITUTO (8 SEPT.-21 DIC. 1923). — «TODOS TENGAN EN GRAN ESTIMA EL ENCARGO SUAVISIMO HECHO POR JESUCRISTO A NUESTRA COMPAÑIA, Y ACEPTADO POR ELLA CON ANIMO PRONTISIMO Y AGRADECIDISIMO, DE PRACTICAR, FOMENTAR Y PROPAGAR LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON Y ENTRE OTROS MEDIOS, FOMENTESE Y PROPAGUESE POR LOS NN. LA PIA ASOCIACION DEL «APOSTOLADO DE LA ORACION», ESPECIALMENTE DE LOS HOMBRES, Y LA OBRA DE LA CONSAGRACION DE LAS FAMILIAS AL SAGRADO CORAZON». (DECRET. 223; CFR. EPIT. NUMERO 672, 1.º).

SABED ACOGER LA PRESENCIA DEL CORAZON DE CRISTO CONFIANDOLE VUESTRO HOGAR. ¡QUE EL INSPIRE VUESTRA GENEROSIDAD, VUESTRA FIDELIDAD AL SACRAMENTO CON EL QUE VUESTRA ALIANZA FUE SELLADA ANTE DIOS! (Juan Pablo II, Homilía durante la Misa celebrada en el Parque de los Peregrinos, domingo día 5 de octubre).

ORACION Y VIDA FAMILIAR

(Frag. *Familiaris Consortio*, Juan Pablo II)

La plegaria familiar

La Iglesia ora por la familia cristiana y la educa para que viva en generosa coherencia con el don y el cometido sacerdotal recibidos de Cristo Sumo Sacerdote. En realidad, el sacerdocio bautismal de los fieles, vivido en el matrimonio-sacramento, constituye para los cónyuges y para la familia el fundamento de una vocación y de una misión sacerdotal, mediante la cual su misma existencia cotidiana se transforma en «sacrificio espiritual aceptable a Dios por Jesucristo». Esto sucede no sólo con la celebración de la Eucaristía y de los otros sacramentos o con la ofrenda de sí mismos para gloria de Dios, sino también con la vida de oración, con el diálogo suplicante dirigido al Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo.

La plegaria familiar tiene características propias. Es una oración **hecha en común**, marido y mujer juntos, padres e hijos juntos. La comunión en la plegaria es a la vez fruto y exigencia de esa comunión que deriva de los sacramentos del bautismo y del matrimonio. A los miembros de la familia cristiana pueden aplicarse de modo particular las palabras con las cuales el Señor Jesús promete su presencia: «Os digo en verdad que si dos de vosotros conviniereis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

Esta plegaria tiene como contenido original **la misma vida de familia** que en las diversas circunstancias es interpretada como vocación de Dios y es actuada como respuesta filial a su llamada: alegrías y dolores, esperanzas y tristezas, nacimientos y cumpleaños, aniversarios de la boda de los padres, partidas, alejamientos, y regresos, elecciones importantes y decisivas, muerte de personas queridas, etc., señalan la intervención del amor de Dios en la historia de la familia, como deben también señalar el momento favorable de acción de gracias, de imploración, de abandono confiado de la familia al Padre común que están en los cielos. Además, la dignidad y responsabilidades de la familia cristiana en cuanto Iglesia doméstica solamente pueden ser vividas con la ayu-



da incesante de Dios, que será concedida sin falta a cuantos la pidan con humildad y confianza en la oración.

Maestros de oración

En virtud de su dignidad y misión, los padres cristianos tienen el deber específico de educar a sus hijos en la plegaria, de introducirlos progresivamente al descubrimiento del misterio de Dios y del coloquio personal con El: «Sobre todo en la familia cristiana, enriquecida con la gracia y los deberes del sacramento del matrimonio, importa que los hijos aprendan desde los primeros años a conocer y a adorar a Dios y a amar al prójimo según la fe recibida en el bautismo».

Elemento fundamental e insustituible de la educación de la oración es el ejemplo concreto, el testimonio vivo de los padres; sólo orando junto con sus hijos, el padre y la madre, mientras ejercen su propio sacerdocio real, calan profundamente en el corazón de sus hijos, dejando huellas que los posteriores acontecimientos de la vida no lograrán borrar. Escuchemos de nuevo la llamada que Pablo VI ha dirigido a las madres y a los padres: «Madres, ¿enseñáis a vuestros niños las oraciones del cristiano? ¿Preparáis, de acuerdo con los sacerdotes, a vuestros hijos para los sacra-

mentos de la primera edad: confesión, comunión, confirmación? ¿Los acostumbráis, si están enfermos, a pensar en Cristo que sufre? ¿A invocar la ayuda de la Virgen y de los santos? ¿Rezáis el rosario en familia? Y vosotros, padres, ¿sabéis rezar con vuestros hijos, con toda la comunidad doméstica, al menos alguna vez? Vuestro ejemplo, en la rectitud del pensamiento y de la acción, apoyado por alguna oración común, vale una lección de vida, vale un acto de culto de un mérito singular; lleváis de este modo la paz al interior de los muros domésticos: **Pax huic domui**. Recordad: así edificáis la Iglesia».

Plegaria litúrgica y privada

Hay una relación profunda y vital entre la oración de la Iglesia y la de cada uno de los fieles, como ha confirmado claramente el Concilio Vaticano II. Una finalidad importante de la plegaria de la Iglesia doméstica es la de constituir para los hijos la introducción natural a la oración litúrgica propia de toda la Iglesia, en el sentido de preparar a ella y de extenderla al ámbito de la vida personal, familiar y social. De aquí deriva la necesidad de una progresiva participación de todos los miembros de la familia cristiana en la Eucaristía, sobre todo los domingos y días festivos y en los otros sacramentos, de modo particular en los de la iniciación cristiana de los hijos. Las directrices conciliares han abierto una nueva posibilidad a la familia cristiana, que ha sido colocada entre los grupos a los que se recomienda la celebración comunitaria del Oficio divino. Pondrán, asimismo, cuidado las familias cristianas en celebrar, incluso en casa y de manera adecuada a sus miembros, los tiempos y festividades del año litúrgico.

Para preparar y prolongar en casa el culto celebrado en la iglesia, la familia cristiana recurre a la oración privada, que presenta gran variedad de formas. Esta variedad, mientras testimonia la riqueza extraordinaria con la que el Espíritu anima la plegaria cristiana, se adapta a las diversas exigencias y situaciones de vida de quien recurre al Señor. Además de las oraciones de la mañana y de la noche, hay que recomendar explícitamente —siguiendo también las indicaciones de los Padres Sinodales— la lectura y meditación de la Palabra de Dios, la preparación a los sacramentos, la devoción y consagración al Corazón de Jesús, las varias formas de culto a la Virgen Santísima,

la bendición de la mesa, las expresiones de la religiosidad popular.

Dentro del respeto debido a la libertad de los hijos de Dios, la Iglesia ha propuesto y continúa proponiendo a los fieles algunas prácticas de piedad en las que pone una particular solicitud e insistencia. Entre éstas es de recordar el rezo del Rosario: «Y ahora, en continuidad de intención con nuestros Predecesores, queremos recomendar vivamente el rezo del santo Rosario en familia..., no cabe duda de que el Rosario a la Santísima Virgen debe ser considerado como una de las más excelentes y eficaces oraciones comunes que la familia cristiana está invitada a rezar. Queremos pensar y deseamos vivamente que cuando un encuentro familiar se convierta en tiempo de oración, el Rosario sea su expresión frecuente y preferida». Así, la auténtica devoción mariana, que se expresa en la unión sincera y en el generoso seguimiento de las actitudes espirituales de la Virgen Santísima, constituye un medio privilegiado para alimentar la comunión de amor de la familia y para desarrollar la espiritualidad conyugal y familiar. Ella, la Madre de Cristo y de la Iglesia, es, en efecto, y de manera especial, la Madre de las familias cristianas, de las iglesias domésticas.

Plegaria y vida

No hay que olvidar nunca que la oración es parte constitutiva y esencial de la vida cristiana considerada en su integridad y profundidad. Más aún: pertenece a nuestra misma «humanidad» y es «la primera expresión de la verdad interior del hombre, la primera condición de la auténtica libertad del espíritu».

Por ello la plegaria no es una evasión que desvía del compromiso cotidiano, sino que constituye el empuje más fuerte para que la familia cristiana asuma y ponga en práctica plenamente sus responsabilidades como célula primera y fundamental de la sociedad humana. En ese sentido, la efectiva participación en la vida y misión de la Iglesia en el mundo es proporcional a la fidelidad e intensidad de la oración con la que la familia cristiana se une a la Vid fecunda, que es Cristo.

De la unión vital con Cristo, alimentada por la liturgia, de la ofrenda de sí mismo y de la oración deriva también la fecundidad de la familia cristiana en su servicio específico de promoción humana, que no puede menos de llevar a la transformación del mundo.

RELACIONES ENTRE EL CORAZON DE JESUS Y EL MATRIMONIO

Fragmentos de la obra del P. Enrique Ramière,
El Corazón de Jesús y la divinización del Cristiano, pp. 382-392

A) Intimidad de la unión del Verbo con la naturaleza humana e intimidad de la unión matrimonial

Maravillárase, tal vez, alguno que nos pase por las mentes buscar íntima relación entre el Corazón eminentemente virginal de Jesús y el estado opuesto al de la virginidad. No obstante lo cual, ella existe, y no hay que echar mano para encontrarla de ficciones o hipótesis complicadas, sino de la palabra del mismo Dios.

En su epístola a los Efesios (capítulo V) nos hace ver con toda claridad San Pablo cómo la santidad y divina nobleza del Matrimonio y el que sea en el cristiano un gran sacramento, proviene de ser imagen y, en cierto modo, extensión de la inefable, indisoluble y fecunda alianza que el Verbo de Dios hizo con la Iglesia en la Encarnación; alianza prefigurada en la unión de Adán y Eva, y cuyo primer fruto y nudo vital, y órgano infinitamente fecundo fue el Corazón de Jesús.

Cuando al despertar Adán del sueño misterioso, del éxtasis profético, como dicen los Santos Doctores, vio delante de sí, llena de casta hermosura, la esposa que Dios acababa de formar con materia la más próxima a su corazón, refiere la Escritura que exclamó: «He aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; el hombre dejará a su padre y a su madre para juntarse a su esposa».

Con estas palabras, celestialmente inspiradas, formuló el primero de los esposos las eternas leyes del Matrimonio y puso las inmutables bases de la humana sociedad, al par que predijo la divina alianza, por la cual serían un día elevados a una sobrehumana perfección el Matrimonio cristiano y la sociedad humana toda entera.

¡Cuán conmovedoras son, en efecto, las analogías de las dos uniones, pero sobre todo sus diferencias!

Cuando determina Dios unir Adán y Eva, comienza por separarles. Quita al primer hombre algo para hacer de ello una persona distinta; dice también que son dos en una misma carne.

Cuando empero el Verbo de Dios quiere unirse a nuestra naturaleza, por infinita que haya sido antes su separación, encontrará medio de unírsela a sí con un vínculo tan estrecho que no formará con ella más que una sola persona. Adán y Eva, esposo y esposa, por tierno que sea el amor que les une, son dos seres independientes, y tienen dos corazones, compenetrados tan sólo moralmente; e Jesucristo, por el contrario, el Hijo de Dios y el hijo del hombre, la naturaleza divina y la naturaleza humana, no forman más que una substancia completa, no tienen más que un solo corazón en el que el amor divino y humano confunden sus llamas, y es a la vez el Corazón de Dios y el corazón del hombre.

B) Fecundidad de la unión del Verbo con la humana naturaleza y de la unión matrimonial

Esta inefable unión no sobrepuja menos a la de Adán y Eva en fecundidad que en intimidad.

Adán y Eva tan sólo transmitieron a sus descendientes una vida humana, la cual, aunque emanación de la suya propia, es, sin embargo, totalmente distinta de ella, y lo será más a medida que se acerque a su perfección: cuanto más crece y se robustece el niño, menos necesita de la compañía y apoyo de sus padres; más aún, pronto les dejará para fundar por su cuenta una nueva familia.

Muy otra es la fecunda unión del Verbo de Dios con nuestra naturaleza.

Dando esta unión al Verbo una vida humana, le dispone para dar a los hombres una vida divina, la cual, derramada en adelante por la inagotable fuente de su Corazón, no será tan sólo una emanación, sino la comunicación real de su misma vida; los que la reciben serán los hijos de Dios y a la vez sus miembros vivos; cada uno de sus actos y movimientos será el efecto del influjo inmediato del Corazón de Jesús y su vida será tanto más exuberante y vigorosa cuanto su unión con el Divino Corazón fuere más íntima. La Iglesia asimismo, que es la sociedad de los hombres animada de la vida de Jesucristo, no es tan sólo la familia de Dios sino verdaderamente el cuerpo de Dios.

C) La unión del Verbo con la naturaleza humana modelo de la unión de la familia

Si, en este aspecto, la unión de Dios con nuestra naturaleza es infinitamente más estrecha que la que en el matrimonio existe entre esposo y esposa, padres e hijos, es también modelo de entrambas, la meta a la que, por voluntad de Dios, ha de tender continuamente, aunque no pueda jamás llegar a ella.

Nunca se amarán los esposos cristianos como se aman Jesucristo y la Iglesia. Nunca hará un hombre por la compañera de esta vida lo que el Hijo de Dios hizo por la pobre humanidad cuando, movido de inefable amor, bajó del cielo y le sacó del fango en que yacía pobre, sucia, cubierta de harapos, roída por horribles úlceras y la lavó con su sangre y curó sus llagas y la adornó con su púrpura y la hizo senta en su mismo trono.

En adelante ella será inseparable de su divinidad :tiene el mismo fin y las mismas prerrogativas y la misma gloria y la misma eternidad. El Hijo de Dios, haciendo suyas todas sus miserias, dióle la plena posesión de todos sus bienes.

Tampoco la esposa más sacrificada hará por su esposo lo que, desde hace diecinueve siglos, ha hecho la Iglesia por Jesucristo.

Heredera de todas sus riquezas y de todas sus glorias, Reina de la tierra, como El es el Rey, no quiere otro privilegio en este mundo que el de padecer por su Divino Esposo, continuar su sacrificio, inmolarse por El como El se inmoló por ella. ¡Qué existencia la de la Esposa del Rey de reyes! Es un tejido de persecuciones, ignominias, luchas,

derrotas; no hay poder humano que no haya en ella puesto las manos y que no haya podido bravar de haberla vencido.

Veinte veces se ha visto en la agonía, y, al parecer, dejada del cielo y de la tierra. Sabía que nada costaba a Jesucristo enviarle doce legiones de ángeles para escapar de las manos de sus enemigos, mas no las pidió: que Jesucristo tampoco las pidió a su Padre en el Huerto de los Olivos. Todo su anhelo ha sido pagar la deuda inmensa de amor que contrajo con el que murió por ella; no se tendrá por dichosa hasta que se vea copia viva de la larga pasión de treinta y tres años que Jesucristo sufrió por ella en este mundo.

Nunca jamás, lo volvemos a repetir, el más ardiente y sacrificado amor de los esposos cristianos podrá igualar tal amor y entrega tan perfecta. Pero esto no obstante, los esposos verdaderamente cristianos tendrán siempre delante de los ojos este modelo y harán todo lo que esté en su mano para asemejarse más de día en día a él. En el vínculo que les une verán ante todo y sobre todo el deber de sacrificarse el uno por el otro.

Al dar comienzo al género de vida, cuya sagrada puerta es el sacramento del matrimonio, no se disimularán ni la dificultad de los sacrificios con que a cada paso van a tropezar, ni el peso de las cargas que les serán impuestas sobre sus hombros. Háranse cargo de que al salir fiadores de otras almas, atan su libertad y oblíganse en cierto modo a olvidarse de sí mismos.

La abnegación, deber de todos los cristianos, es por doble motivo necesario a los que viven en común. Los esposos, según el Corazón de Jesús, enténdenlo así y no se espantan, porque saben que la abnegación es la insustituible muestra de todo sincero amor y como el sello de toda entrega verdadera, porque sus corazones no están únicamente unidos por un afecto natural sino que el sacramento del Matrimonio ha infundido en ellos un amor más puro y santo y fuerte y duradero y divino, conviene a saber: el amor mismo que une al Hijo de Dios con su Iglesia y a la Iglesia con el Hijo de Dios. Sí, así es; pues si la gracia sacramental no es la caridad, está por lo menos acompañada de la infusión de la caridad sobrenatural y de su principio, que no es otro que el Divino Espíritu.

D) El Divino Espíritu vínculo de los esposos cristianos

Está, pues, real y verdaderamente presente en

el corazón de los esposos cristianos este Espíritu, que es el vínculo vital de la inefable unión de Jesucristo y de la Iglesia, que movió a Jesucristo a inmolarsse por la Iglesia y a la Iglesia por Jesucristo, que tanto endulzó al Corazón de Jesús sus más amargos dolores y aligeró a la Iglesia sus más crueles tribulaciones.

Está real y verdaderamente presente en el corazón de los esposos cristianos y produce los mismos efectos: háceles llevar con alegría las pruebas que su unión les acarrea, y aceptar, sin desanimarse jamás, la sujeción y decepciones que la acompañan. Esta unión neutraliza la diversidad de opiniones y caracteres; previene o suaviza los roces; aligera las cargas; dulcifica las penas; da a gustar, en medio mismo de los sacrificios aguardados y buscados, alegrías y consolaciones cuya dulzura no habrían nunca gustado, si tan sólo hubieran aguardado y buscado goces terrenales.

Además, al paso que las uniones, provenientes únicamente de la pasión o afecto puramente natural, por lo general se aflojan al poco tiempo y se truecan con frecuencia en yugo intolerable; muy al contrario acontece en aquellas cuyo vínculo es el Corazón de Jesús, pues se estrechan más con el tiempo, el cual, en vez de marchitarlas, parece darles un nuevo frescor y lozanía, y cuanto su intimidad es más deleitosa tanto más feliz es su fecundidad.

E) Los padres, según el Corazón de Cristo, comunican a sus hijos la vida divina y viven íntimamente unidos con ellos

Los padres, según el Corazón de Jesús, aprenden de El a comunicar a sus hijos la vida sobrenatural de la que El es fuente y de quien los mismos padres la recibieron tan abundantemente.

La caridad, lazo de unión, se convierte en ellos en poderosísimo medio de educación; bajo su influjo se abre el corazón de los hijos, como se abre la flor al calor de un sol primaveral. Imbuidos desde su tierna edad en la ciencia del verdadero amor, la más necesaria al hombre, se disponen maravillosamente para los otros útiles conocimientos. Porque el corazón es el gran resorte de la humana organización, y cuando esta facultad soberana funciona bien, es imposible que las otras facultades no se desarrollen con ella. De este modo, la influencia por la cual une el Corazón de Jesús los padres entre sí, extiéndese a sus hijos, uniéndolos a los autores de sus días, no tan sólo durante la adolescencia sino durante toda la vida;

más, durante la eternidad, pues eterna es la divina caridad, principio de influencia tan bienhechora.

Y aquí ponemos fin a nuestras breves indicaciones, pues son ellas suficientes para hacer ver cómo el Matrimonio, considerado a la luz del Corazón de Jesús y bajo su influencia contraído, se convierte en una viviente reproducción de la unión divina que une al Verbo de Dios con la Iglesia.

Las dos uniones tienen el mismo fin: dar a Dios nuevos hijos, al cielo nuevos ciudadanos, aumentar su reino, hacer crecer su cuerpo místico; las dos el mismo vínculo: el Espíritu de Dios y la caridad que del Corazón de Jesús se derrama en el de los esposos; las dos producen los mismos frutos: la íntima unión de las almas y la comunicación de la vida de Dios. Por lo cual es el Matrimonio un gran sacramento: **el signo sensible y eficaz de una cosa sagrada** entre todas, del primer misterio de la religión, de la gran obra del divino amor, la alianza del Creador con su criatura que, del corazón de un hombre, ha hecho el Corazón de un Dios.

TRISTE EXPERIENCIA DE MUCHAS UNIONES

Muy diferente es, confesémoslo sin rebozo, pero muy diferente, la unión de los que se comprometen al Matrimonio sin considerar ni poco ni mucho las enseñanzas de la fe. Estos, por desgracia muchos en número, cásanse a la pagana más bien que como cristianos, aun cuando se atengan a pedir las bendiciones de la Iglesia. La pasión, el interés o, tal vez también, las conveniencias puramente humanas son los motivos que les deciden a echar sobre sus hombros cargas que están muchas veces por encima de las fuerzas naturales.

Preocúpense también poco, antes de semejantes contratos, de las garantías que puedan reclamar los eternos intereses del alma, esto es, de las garantías más indispensables, aun respecto del verdadero bienestar temporal. La fortuna, la posición social, las relaciones, todo lo más exterior colócase en primer término; las cualidades personales y sobre todo las morales y religiosas, esenciales condiciones de la felicidad, del sacrificio y por tanto de la verdadera dicha, no se tienen en cuenta ni se advierte su ausencia hasta que no hay más remedio que llorarla amargamente. Y una vez la unión realizada, entonces... los adornos,

los regalos, los regocijos, la libertad, el mando absorbe por completo la mente.

Por lo que a los deberes molestos se refiere, y a los sacrificios dolorosos y serias responsabilidades, tiénese por más conveniente sepultarlas en el olvido.

Así sucede que, cuando los sacrificios se presentan, se imponen las obligaciones y el peso de la responsabilidad se hace más aplastante; cuando las rosas que rodeaban los vínculos indisolubles del matrimonio se marchitan y los dejan aparecer tales cuales en sí son; cuando la pasión se extingue y la inconstancia del corazón arroja de sí el primer afecto dando lugar a otros del todo opuestos; cuando en vez de la libertad soñada no se encuentran más que ataduras de toda clase: el alma que, ni en sí misma, ni en su alrededor, encuentra la gracia necesaria para llevar la carga, murmura, se abate, se irrita, sacude el yugo, se queja de las dificultades de su estado, de la sociedad, de Dios. ¡Desgraciada! Mejor haría en quejarse de sí misma y de los que, abusando de su inconsideración, la han inducido a un estado cuyos peligros nadie cuidaba de advertirle y cuyas graves obligaciones nadie le disponía a cumplir.

EL CORAZON DE JESUS DEFENSA DE LOS ATAQUES CONTRA LA INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

Es de todos conocido el infernal encarnizamiento con que escritores y enemigos de Dios y de la sociedad trabajan por socavar el edificio social, destruyendo la indisolubilidad del Matrimonio.

Con una fuerza de lógica que nos parece irresistible, apóyanse en la imposibilidad del hombre, dejado a sí mismo, de cumplir las obligaciones de un estado que pide una constancia de voluntad y un imperio sobre las pasiones superior a las fuerzas ordinarias de la naturaleza. Imposible refutar con éxito tal argumento, si se rechazan las ense-

ñanzas de Jesucristo y se sustrae el Matrimonio al influjo sobrenatural de la gracia. Demostrar que la indisolubilidad del Matrimonio es una institución necesaria para la conservación de la familia y el verdadero progreso de la sociedad, es fácil; pero esto no prueba que esté en manos del hombre, dejado a sí mismo, hacerlo. ¡Cuántas cosas necesarias no puede el hombre conseguir y conservar con sus propias fuerzas!

Estamos, pues, en presencia de uno de esos enigmas sociales cuya única solución está en el Corazón de Jesús; solución sublime y consoladora en teoría y realizable en la práctica, como la constante experiencia de diecinueve siglos lo ha ido demostrando. Lo que el corazón humano no puede encontrar en sí, la entrega perfecta a otro, la abnegación, la fidelidad inviolable, la inalterable ternura, concédelo la caridad del Corazón de Jesús a los que se unen a El. ¡Gran Dios! ¿Es posible que la sociedad titubee todavía, después de tan largas experiencias, y en presencia de peligros que, si profana el Matrimonio, le amenazan? ¿Es posible que, cuando el Vicario de Jesucristo le recuerda, como en la célebre encíclica de 8 de diciembre de 1864, las condiciones vitales del Matrimonio cristiano, rechace sus saludables enseñanzas como un atentado contra el moderno progreso, en vez de recibirlas con agradecimiento?

Por lo menos nosotros, cristianos, sabemos qué hemos de pensar acerca de tan importante materia y entendemos qué es el Matrimonio sin Jesucristo y con Jesucristo.

Sin El, es una sociedad sin fundamento ni suficientes garantías de duración; yugo intolerable frecuentemente, y, más frecuentemente aún, asociación puramente exterior en la que ninguna parte toma los corazones. Con El, es vínculo sagrado que une los corazones y los purifica y los santifica y aumenta sus fuerzas y mitiga sus dolores y acrecienta las alegrías del hogar doméstico haciéndolas más meritorias y los prepara para gustar en el cielo las delicias de la unión del Hijo de Dios con su Iglesia, cuya imagen viva es el mismo sacramento en este mundo.

LA CONSAGRACION DE LAS FAMILIAS Y EL REINADO SOCIAL DE CRISTO

Fragmentos de una relación presentada por el padre V. Genovesi SJ al Congreso del A. de la O., tenido en Florencia en enero de 1925, año de la publicación de la encíclica Quas Primas de Pío XI. Publicado en La festa di Gesù Cristo Re, pp. 387-409

Dogma y piedad

Recorriendo la historia de la Iglesia, a través de sus luchas y sus triunfos, nos encontramos casi siempre con este hecho sintomático: junto a su enseñanza solemne y oficial, al definir cualquier verdad, al condenar cualquier error, se observa siempre en la masa un análogo movimiento, convergente al mismo fin. O sea que la Iglesia con solemnidad de juicio anuncia al mundo, como verdad de observar, o como error a huir, en la práctica de la piedad cristiana viene a asumir una forma concreta, en un hecho o en un símbolo que podría llamarse la síntesis de aquello que la Iglesia enseña, el remedio saludable para mantenerse en esta fe y a prevenirse contra los opuestos errores.

Admirable fecundidad de la doctrina católica, que no es una compilación de áridas fórmulas, como blasfeman los sectarios de todas clases, periodistas y escritores vendidos, sino que es semilla vital, que depositada en el alma produce formas variadas de piedad y frutos suavísimos de virtud.

El liberalismo y la familia

Lo que caracteriza el siglo XIX es el **liberalismo**, este error proteiforme, que contamina todo lo que toca con su inmundicia, y cuyo dogma fundamental es la independencia del hombre respecto a Dios. Viene aplicado a la política y a nosotros nos llama **pueblo soberano**; aplicado a la enseñanza da la escuela *neutra* arreligiosa e irreligiosa; viene aplicado a la religión y la desconecta de su carácter social, reduciéndola a un simple **negocio privado de conciencia**; se aplicó a la familia y nos ha dado el llamado **matrimonio civil**.

La Iglesia fulminó con sus definiciones todos estos errores, y de ahí la reacción manifestada en el pueblo cristiano. Y por lo que respecta a la familia, que el liberalismo quiere desacralizar, han

venido propagándose y tomando arraigo dos bellas formas de piedad, que podrían llamarse la enseñanza vivida de la Iglesia en torno a las nupcias, el compendio de su doctrina respecto al matrimonio: la **Asociación de las Familias consagrada a la S. Familia de Nazaret, la Consagración de las Familias al S. Corazón**. La primera mira particularmente a la familia como sociedad doméstica, y tiende a reformar las costumbres según los ejemplos admirables de Jesús, María y José; la otra considera a la familia como célula primera de la sociedad civil, y mira a impugnar el principio fundamental del **liberalismo**, promoviendo, a través de la familia, el reconocimiento social de la soberanía de Jesucristo.

La primera iniciada por el P. Filipo Francoz de la Compañía de Jesús, tuvo su aprobación por un **Breve** de Pío IX de 5 de enero de 1870; la otra salió del seno del **Apostolado de la Oración**, directamente de los mismos Padres de la Compañía de Jesús y no cesa de ser recomendada de los Sumos Pontífices como **Obra «entre las más santas y providenciales»**, según se expresaba el S. Padre Pío XI.

Para que se comprenda plenamente la fuerza de esta expresión, veamos qué contribución había aportado la **Consagración de las Familias** para establecer la soberanía del S. Corazón en los hogares cristianos. Y para proceder con orden y claridad, acudiré a la historia, explicaré su fin y su naturaleza y por fin indicaré algunas sugerencias prácticas para que la pía ceremonia se cumpla según las directivas queridas y qué frutos nos prometemos.

Origen de la Consagración de las Familias

¿Cuándo y de qué toma el origen la **Consagración de las Familias** al S. Corazón?

A mí me parece que la **Consagración de las Familias**, como en general todas las formas de pie-

dad hacia el Corazón divino, ahora en uso en el pueblo cristiano, remontan a las revelaciones de Paray-le-Monial.

Precisamente ha sido por otros observado que en la misión divina confiada a Santa Margarita debemos distinguir dos períodos. El primero tiene por fin el **culto individual** al S. Corazón, el otro el **culto social**. Jesús invita a los individuos a consagrarse a El con la dulce promesa que **no perecerán nunca**; invita a las familias a las que concederá el **don de la paz**, dará la **abundancia de sus gracias**, si la imagen de su Corazón divino **es expuesta y venerada en sus casas**; invita a las naciones con el mensaje al Rey de Francia Luis XIV.

Pero la **Consagración de la Familia** en forma concreta como se practica, con el fin específico a que mira, el reconocimiento social de la soberanía del S. Corazón, con la organización que se presenta, es de fecha más reciente, y nosotros la vemos resplandecer como fulgida gema entre las santas iniciativas promovidas por el Apostolado de la Oración.

Primeras manifestaciones

A principios de 1889 había sólo manifestaciones esporádicas, tales que hacían entrever el maravilloso desarrollo actual. Resumiremos algunas notas históricas del R. P. Venturini publicadas en la **Revista del Clero Italiano** (Set. 1923, pág. 251).

Durante el Concilio Vaticano, el P. Enrique Ramière, S.J., entonces Director General del **Apostolado de la Oración**, teólogo conciliar del Obispo de Beauvais y procurador del Arzobispo de Chambéry, lanzó un primer programa de consagración al S. Corazón, que recogió la adhesión de centenares de miles de fieles del mundo entero, y de 272 obispos presentes al Concilio; interrumpido éste, el P. Ramière por consejo de Pío IX, desde Tolosa, en 1874, de acuerdo con el Arzobispo diocesano, renovó la invitación. Se adhirieron 534 obispos con este programa puntualizado, que la gran familia de la Iglesia católica se consagrara a aquel Corazón divino por medio de su cabeza visible, el Papa, las diócesis por medio de sus pastores, las familias de las órdenes y congregaciones religiosas por medio del superior general, **las familias cristianas por medio de su cabeza**.

El movimiento de consagración de cada una de las diócesis y de las órdenes religiosas, ini-

ciada a fines del 1873, culminó el 16 de junio de 1875, con la consagración de todo el **Orbe católico** hecha por Pío IX y se integró el 9 de junio de 1899 con la consagración de todo el **género humano**, la gran familia redimida, efectuada por León XIII.

Primera fase

La consagración de las familias cristianas se desenvuelve por fases. La primera crece en 1873, o sea después de la invitación del P. Ramière. La Hermana Dorotea de Lisboa, que se había dedicado a promover, bajo la dirección de un padre jesuita el **Apostolado de la Oración**, y especialmente la M. María del Patrocinio, que había sido dama de la corte, fueron las primeras celadoras entre las familias de los descargadores del puerto, en la forma que hoy se acostumbra. Las gracias seguían, y con frecuencia las buenas vecinas decían conmovidas a la M. Patrocinio: «¡Sabe que nuestra casa ha mudado de aspecto! Nuestros maridos no blasfeman, los hijos son devotos, todos oramos unidos ante aquella sagrada imagen, y gozamos de una paz paradisiaca».

Segunda fase

Esta primera fase tuvo un desenvolvimiento solamente local, e igualmente local fue la segunda fase, debida a F. Teodoro Wilboux, S.J., que en 1882, después de haber experimentado en su propia familia los efectos benéficos de la consagración al S. Corazón, se hizo apóstol personalmente entre los labriegos y los pescadores de la isla de Jersey, en la Manica, donde entonces estudiaba teología, y por carta entre los adscritos al **Apostolado de la Oración** y los devotos del S. Corazón. En su llamada Wilboux insiste que la consagración, precedida de la S. Comunión hecha al mismo tiempo, sea «oficial» o sea llevada a cabo con un «acto público en la familia» en cuanto tal, «con solemnidad» efectuándola «con el ministerio de un sacerdote después de la Comunión, o por lo menos en la intimidad del hogar doméstico». Y propone renovarla **«todos los años, por la mañana o durante el día de la fiesta del S. Corazón y en toda otra circunstancia según la devoción»**.

La llamada de Wilboux encontró benévola acogida en Paray-le-Monial en Lille y en Tolosa, donde el Sr. Belcastel leyó en nombre de la familia reunida en la Capilla de la Visitación la fórmula

que el **Apostolado de la Oración** había propuesto. No sólo la fórmula, sino que el **Apostolado de la Oración** entonces publicaba un pequeño reglamento en tres artículos concernientes al **fin**, la **utilidad** y la **práctica** de esta **Consagración**.

Pero donde tomó más vuelo la **Consagración de las Familias**, siempre en esta segunda fase, fue en Marsella. El canónigo Gastaud, director diocesano del **Apostolado de la Oración**, la promovió con ardor. «Mil cincuenta y cuatro familias han sido ya consagradas —escribía en agosto de 1882 la presidenta de las celadoras del **Apostolado de la Oración al Mensajero del S. Corazón**— con una piedad edificante, agrupándose veinte familias por vez a arrodillarse a la Santa Mesa (en la capilla del Monasterio de la Visitación) con un cirio en la mano, y recibiendo como recuerdo de la Consagración un **cuadro** del S. Corazón y un escapulario del mismo S. Corazón. El cabeza de la primera familia de todo el grupo leía la fórmula en nombre de la suya y de las otras diecinueve.

Que se trataba de un fervor pasajero se deduce de esto, que en cuatro años el número de las familias consagradas, en la sola ciudad de Marsella, llegó a diez mil.

F. Wilbaur había propuesto que la consagración pudiese hacerse **o en la Iglesia o en casa**; las circunstancias decidían elegir uno u otro medio. Y mientras en la primera fase de Lisboa (187.) la consagración fue llevada a cabo **dentro de cada una de las casas**, en la segunda fase que culminó en Marsella se hacía **en la iglesia**, no colectivamente, sino a una determinada familia o a un grupo de familias.

Tercera fase

La tercera fase se efectúa en 1889. En este año la **Consagración de las Familias** adquiere una amplitud mundial y aparece maravillosamente encuadrada en el **Apostolado de la Oración** como obra universal, organizada, permanente.

Como obra **universal**, porque inserta en el mismo cuadro del **Apostolado de la Oración**, como complemento del grandioso programa de la Pía Asociación, el advenimiento del Reinado del S. Corazón, como en seguida se dirá.

Como obra **permanente**, según venía declarado en el programa ya lanzado: «Bendecimos a la divina Providencia por el maravilloso resultado conseguido. Por otra parte esto no es más que el prin-

cipio. El **libro de Oro** de las consagraciones, se abrió en 1889, **ya no lo cerraremos**».

Los méritos del A. de la O.

Esta breve historia de la **Consagración de las Familias** y del resultado obtenido en la que claramente aparece el mérito del **Apostolado de la Oración** en la iniciación y promoción de esta práctica tan benéfica.

Este mérito fue reconocido por la Santa Sede, por lo que Benedicto XV de s. m., después de maduro examen autorizadamente confiaba el **Apostolado de la Oración** la organización de la **Consagración de las Familias** en Italia, en carta de la Secretaría de Estado de fecha 10 de mayo de 1918 a todos los Ordinarios de Italia. En seguida esto mismo fue hecho para Polonia y Brasil.

Por eso, en línea jurídica el **Apostolado de la Oración** tiene derecho a organizar la **Consagración de las Familias** en todo el mundo, de organizarla exclusivamente en Italia, Polonia y Brasil esta decisión ha sido confirmada bajo el reinado del Pontífice Pío XI.

Fin de la Consagración de las Familias

¿Cuál es el fin de la **Consagración**? En parte ya se ha indicado: apresurar en las naciones el **Reinado Social del S. Corazón**, reconocer sus inalienables derechos soberanos.

Digo reconocer sus derechos soberanos, y no ya ofrecerle o colocarlo sobre un trono, que ninguno le ha quitado nunca y del cual no será nunca desposeído, ya que El es siempre Rey, y no quiere abatir su cetro amor bajo la vara de su justicia. Con la **Consagración** se tiende a RECONOCER la soberanía del amor, única que puede causar la salvación de los hombres, ya que si el reino de la justicia redunda igualmente en la gloria de Jesucristo, no coincide siempre con lo más ventajoso para todas y cada una de las criaturas. También los condenados del infierno glorifican a Jesucristo, pero ¿con qué provecho?

La **Consagración** pues, es el necesario complemento del **Apostolado de la Oración** nacido con el preciso programa de trabajar para el advenimiento de este **Reinado social del S. Corazón**. **Adveniat regnum tuum!** es el lema que brota de los labios de sus adscritos, que adorna su enseña: el advenimiento del reino del amor, en oposición

al reino del pecado, establecido por el **liberalismo**; el reconocimiento de los derechos de Dios, en oposición a los pretendidos **derechos del hombre**, proclamados por la Revolución francesa.

Para actuar este programa el **Apostolado de la Oración** se dirige a los **individuos**, y mira de reconducirlos a Jesucristo con la práctica de sus **tres grados**, breve compendio de la vida cristiana; se dirige a las **familias**, y en ellas procura establecer la soberanía del amor de Jesús con la **Consagración**; hace sentir también su influencia en la **sociedad**, divulgando con su prensa las grandes ideas cristianas, expone las «intenciones» mensuales explicándolas a los socios, invitándolas a rogar por ellas.

Y que esto no es una reconstrucción póstuma, vémoslo por las circunstancias históricas que determinaron este movimiento, y de las explícitas declaraciones de quienes lo propusieron y dirigieron.

La llamada del Apostolado de la Oración

El primer año (1888) fue grabada por la Dirección general del **Apostolado de la Oración** una espléndida y gran imagen en cromolitografía (34 × 27 cm) a fin de recordar el centenario de una famosa visión que tuvo santa Margarita Alacoque en la que fue confiado a la Hija de la Visitación el dulce encargo de dar a conocer la devoción al S. Corazón a los padres de la Compañía de Jesús la honorífica misión de hacer apreciar su valor y sus ventajas.

Dicha imagen representaba al divino Redentor sentado en un **trono**, con la **corona real** en la cabeza y el corazón abierto en el pecho. A ambos lados la Virgen y san Francisco de Sales; a los pies

y de rodillas par una parte santa Margarita Alacoque y por otra el venerable padre Claudio de la Colombière, jesuita, su director espiritual.
(...)

También el himno de las familias consagradas, que en aquella circunstancia fue publicado, expresaba los mismos conceptos:

Reina sobre nosotros que proclamamos juntos tus derechos de soberanía.

Universalidad de la Consagración de las Familias

Este movimiento fue iniciado en seguida en todas partes. En Italia habló de él la **Civiltà Cattolica** y el **Messaggero** del **Apostolado de la Oración**; y la venerable Catalina Volpicelli, ferviente celadora del **Apostolado de la Oración** en Nápoles, compiló los nombres de 45.000 familias meridionales que hicieron la **Consagración**. El **Mensajero** de los Estados Unidos terminaba también un artículo todo afinado a la idea del **Reinado Social**: «Que cada una de nuestras casas, venga a ser pues, en este año, un verdadero santuario, en el cual, postrados ante la imagen del adorable Corazón de Jesús, nos ofrezcamos y consagremos a El todos los corazones de este pequeño reino (la familia) que son la base y el fundamento de toda la sociedad humana».

De cuanto se ha expuesto queda evidentemente demostrado, que la idea de la soberanía social de Jesucristo por medio de la **Consagración de las Familias** a su Corazón divino lejos de ser un elemento rémora extraño coaccionador en nuestros días, nos es inserta desde su origen y connatural con ella. Esta conclusión se confirma en la encíclica **Quas primas** de S. S. Pío XI, que habla de los antecedentes de la Fiesta de Cristo Rey.

Juan Pablo II en Paray-le-Monial

Alocución del Papa a las religiosas visitandinas en el monasterio de la Visitación, domingo 5 de octubre

EL MENSAJE A SANTA MARGARITA MARIA ALACOQUE

«He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y que no ha escatimado nada hasta desgastarse y consumirse para testimoniarles su Amor».

Con emoción, desearía dar gracias por este mensaje recibido y transmitido aquí por Santa Margarita María de Alacoque. Junto a su tumba, le pido que ayude sin cesar a los hombres a descubrir el amor del Salvador y a dejarse penetrar por El.

Damos gracias por la irradiación que tiene este Monasterio; recordemos lo que decía ya San Francisco de Sales de las Hijas de la Visitación: «Ellas tendrán el Corazón de Jesús, su Esposo crucificado, por morada y estancia en este mundo...». Sé que toda una pléyade de monjas han sido aquí almas entregadas al Corazón de Jesús.

Damos gracias por la experiencia mística de Santa Margarita María. Le fue concedido, con una fuerza particular pero en una existencia escondida, conocer la fuerza y la hermosura del amor de Cristo. En la adoración eucarística, ella contempló el Corazón traspasado por la salvación del mundo, herido por el pecado de los hombres, pero también «fuente viva» como testimonio la luz que refulge de las llagas de su Cuerpo resucitado.

Damos gracias por el encuentro privilegiado de la Santa religiosa con el Beato Claudio de la Colombière. El apoyo de este fiel discípulo de San Ignacio permitió a Margarita María superar sus dudas y discernir la auténtica inspiración de su extraordinaria experiencia. Sus intercambios son un modelo de equilibrio en el consejo espiritual. El padre de la Colombière, en medio de grandes pruebas, recibió él mismo un parecer clarificador de aquella que él aconsejaba.

Damos gracias por el gran desarrollo de la adoración y de la comunión eucarística que han tomado de aquí un nuevo impulso, gracias al culto del Sagrado Corazón, favorecido notablemente por la Visitación y por los padres jesuitas, y aprobado enseguida por los Papas. La devoción particular de los primeros viernes de mes ha producido muchos frutos, siguiendo los mensajes apremiantes recibidos por Margarita María. Y no puedo olvidar que los obispos de Polonia obtuvieron de Clemente XIII el Oficio y la Misa del Sagrado Corazón casi un siglo antes (1765) de que la fiesta fuera extendida a la Iglesia universal (1856).

Damos gracias por tantas iniciativas pastorales y fundaciones religiosas que han encontrado aquí una fuente de inspiración decisiva.

Con vosotros que me acogéis en esta capilla de las apariciones, las Hermanas de la Visitación, unidas a las otras religiones contemplativas de la diócesis, con mons. Gaidon y los capellanes de los santuarios, invocamos para toda la humanidad, consagrada al Sagrado Corazón por mi predecesor León XIII, la gracia inagotable del amor redentor que mana del Corazón de Jesús.

Proceso de beatificación y canonización del siervo de Dios Pedro Legaria Armendáriz

El veinte de septiembre, en la Iglesia Catedral de Tudela, el Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela D. José María Cirarda presidió la Misa con la que se clausuraba el proceso de beatificación y canonización de un ilustre Tudelano sacerdote, párroco y fundador, que murió también en Tudela sólo hace 30 años.

El Tribunal Eclesiástico entregó al Postulador de la causa el material del proceso para su traslado a Roma, al Tribunal para la causa de los Santos.

Monseñor Cirarda resaltó en su homilía las virtudes de D. Pedro: «Superó sus defectos y escaló hacia la santidad cultivando el amor a Dios». «Su vida fue la contemplación tratando de vivir unido al Señor, sus ansias de santidad iluminaron su vida».

El rasgo más profundo de la personalidad de Legaria se ha descrito así:

«El amor a la Eucaristía, al Corazón de Jesús y a la Virgen, fueron las grandes devociones que le impulsaron a vivir con gozosa generosidad la plenitud del mensaje evangélico. El amor a Jesucristo, simbolizado en su Corazón, fue la realidad fundamental de su vida, el punto de referencia de su entrega, en El encontró la fuerza, el amor y el dinamismo para realizar la misión que el Señor le confió.

El discernimiento de la voluntad de Dios le exigía oración, reflexión profunda, por eso hay un eje que vertebra todas sus horas desde el amanecer: La Eucaristía, mucha vida de Sagrario. Murchante (en cuya parroquia estuvo destinado treinta y seis años) se puso a la cabeza de la vanguardia religiosa con una participación grande de sacra-

mentos, amor a la Virgen, devoción al Corazón de Jesús.

Fundó la Congregación de Esclavas de Cristo Rey, apóstoles entusiastas y convencidas de la eficacia de los Ejercicios Espirituales, contemplativas en la acción, ejercen hoy su apostolado en distintas partes del mundo, en Casas de Ejercicios, escuelas, obras sociales, misiones, catequesis...».

Terminada la ceremonia todo fue una fiesta. Las Esclavas de Cristo Rey invitaron a los asistentes a su casa de Tudela, alegría en todos los rostros. Religiosas de las casas nacidas de esa Casa Madre, parientes de D. Pedro, amigos, muchos amigos de Tudela, Murchante, Pamplona, Victoria, Loyola, Tarazona.

En animados grupos hablaban del Siervo de Dios gentes que lo conocieron y trataron, sus hijas las Religiosas tan unidas a la obra de los Ejercicios Espirituales, los feligreses de Murchante... Se hablaba de santidad, de su labor de Párroco, de conversaciones vividas en las casas de las Esclavas haciendo ejercicios, también, cómo no, entre Murchantinos y en vísperas de vendimia, de viñas.

Mezclándose las conversaciones de unos y otros pudimos oír: — Llevamos años de «seca» — El Sagrado Corazón de Jesús y la Virgen María son lluvia abundante de Gracia — Hacen falta viñadores al estilo de aquel párroco — La Gracia del Señor se derrama a raudales en los Ejercicios Espirituales — Como los sarmientos a la vid, unidos al Señor para dar fruto.

Mientras tanto las Esclavas de Cristo Rey iban y venían, atendiendo y obsequiando a todos. Como siempre.

Próxima beatificación de tres carmelitas descalzas, martirizadas el año 1936

Texto del Decreto de la Congregación por la causa de los santos, que preside el Cardenal Palazzini, publicado en el Acta Apostolicae Sedis, Boletín Oficial de la Santa Sede, vol. 73, n.º 9, 1986, pp. 936-940. Traducido del latín por el P. Fco. de Paula Solá SJ (reproducido de HISPANIA MARTYR, Barcelona)

Sor María del Pilar de San Francisco de Borja (en el siglo Jacoba Martínez García) nació en Tarazona el 30 de diciembre de 1877. El mismo día recibió el bautismo y el 1 de agosto de 1879 el sacramento de la Confirmación. En el seno de la familia recibió una educación cristiana esmerada y rápidamente aprendió a vivir en el santo temor de Dios. Ingresó en el Carmelo el 12 de octubre de 1898, y el 15 del mismo mes del año 1899 emitió los votos religiosos. Desempeñó con diligencia los cargos de tornera y de portera. Se distinguía por el fervor en observar la Regla y en la afición a la soledad, meditación y plegaria; con grande fe y veneración se entregaba al culto del Santísimo Sacramento, al que denominaba «Vivo», y al que veneraba con frecuentes y prolongadas adoraciones. Ansiaba hacer progresos en la perfección y en todo dar gusto al celestial Esposo. Al acercarse los tiempos de la persecución, siempre manifestó con grande espíritu estar dispuesta a morir antes que ofender al Señor. Decía: «Si nos llevan al martirio lo recibiremos cantando, como nuestras Mártires de la Convención». El 22 de julio del año 1936, por la noche, se fue a la Superiora del convento para decirle: «Madre, he pedido al Señor que si desea víctimas en esta Comunidad, me escoja a mí y libre a las demás». Y de otras muchas maneras afirmó que por amor a Cristo gustosa derramaría su sangre.

Sor María Angeles de San José (en el siglo Marciana Valtierra Tordesillas) nació en el pueblo

de Getafe el 6 de marzo de 1905 y al día siguiente fue bautizada. El Sacramento de la Confirmación lo recibió en 1910, y en 1913 hizo su primera Comunión. Fue alumna de las Hermanas de la Sagrada Familia. Siendo todavía joven ejerció con alegría el apostolado en su parroquia y se entregó al cuidado de su tía enferma. Por fin a los 25 años de edad entró en el Monasterio, donde hizo su primera profesión el 21 de enero de 1931 y la de votos perpetuos tres años después. Fue de una ardiente vida interior, estrechamente unida con Dios, benigna y entregada a la continencia. Se manifestó que estaba dispuesta a ofrecer a Dios su vida por la salvación de España y por la victoria del Sagrado Corazón de Jesús; finalmente, por humildad confesaba que no era digna de gracia tan singular. La noche del 23 de julio de 1936 dijo a su Superiora: «¡Madre, si fuésemos mártires!» señalaba en el ejercicio de la asidua y perfecta obediencia y en la entrega vehemente a la perfección y santidad. Ya en el siglo era tan austera que sus amigas decían que si llegaban a vivir muchos años la verían entre los santos. Con frecuencia

Sor Teresa del Niño Jesús (en el siglo: Eusebia García García) nació en Mochales, prov. de Guadalajara, el día 5 de marzo de 1909 en un hogar muy piadoso. Fue bautizada el 7 de marzo y recibió el Sacramento de la Confirmación el 20 de julio de 1916. Se educó en las Religiosas Ursulinas de Segorbe. En su infancia ya sintió la vocación religiosa y muy jovencita hizo voto privado de castidad. A los 16 años entró en el Carmelo,

donde hizo la profesión de votos temporales el 7 de noviembre de 1926 y la de votos perpetuos el 6 de marzo de 1930. Solía decir: «Si no hubiese podido estar con las Carmelitas, habría ido a una leprosería». Su deseo de servir a Cristo en los enfermos lo realizó ómaravillosamente en el monasterio, donde, ejerciendo el oficio de enfermera, tuvo solícito cuidado de las Hermanas enfermas, a las que atendía con toda clase de cuidados. Su máxima era: «La Caridad sobre todo»; porque anhelaba amar a Dios con todas sus fuerzas, y se esforzaba con grande tesón por conseguir una presencia continua de Dios. Alimentaba una especial piedad para con el Santísimo Sacramento, el amor por las misiones y el fervor en el rezo del oficio divino. Era de un temperamento vivaz, pero supo imponerse y dominarlo perfectamente. En muchas ocasiones, como también hacían sus Hermanas, afirmó estar preparada a dar su vida por el Señor. Habiendo recibido una carta que, en broma, encabezaba con un «¡Viva la República!», con permiso de la Madre Superiora, ella contestó: «A tu "Viva la República", yo respondo: "¡Viva Cristo Rey!", y con cuánto gusto me sometería a la guillotina». Y en una de las últimas cenas pasadas en el convento, riendo y en broma dijo: «Conviene comer mucho para teer mucha sangre que derramar por Cristo Rey».

Estas tres Siervas de Dios, que ya desde mucho tiempo antes, cuando el poder de las tinieblas (Lc 22, 53) aparecía más amenazador contra ellas, nada apetecían más que dar testimonio de la Luz (o 8, 12) y seguir a su Esposo a dondequiera que las condujese y finalmente estar siempre con El. Por esto, con la fuerza de la gracia, estaban preparadas a pasar el fuego de la gran tribulación y lavar y blanquear sus vestiduras con la sangre del Cordero (Apoc 7, 14). Porque, ¿quién podría separarlas del amor de Cristo? ¿la tribulación? ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Pues todo eso lo habrían superado por Aquel que les amaba (Rom 8, 35-37).

Porque, mientras España se veía turbada con la guerra civil (años 1936-1939) y los movimientos fratricidas sembraban lágrimas y llanto, la Iglesia Católica y sus instituciones fueron ferozmente vejadas por la facción imbuida de odio implacable contra la Religión y sus seguidores. Cuando los «milicianos», como les llamaban, cogieron la Ciudad de Guadalajara, todas las Carmelitas del

Monasterio de San José, conscientes de la gravedad de la situación y de los peligros que las amenazaban, vestidas de seglar, abandonaron el convento y se refugiaron en casas particulares (día 22 de julio de 1936). El día 24 de julio del año

1936, por la tarde, las tres Siervas de Dios salieron en busca de un refugio más seguro, cuando por la calle fueron reconocidas como reconocidas como religiosas por una «miliciana», que volviéndose a sus compañeros, exclamó: «¡Fusiladlas, porque son monjas!». Habiéndolas perseguido las alcanzaron. La primera, herida por las balas, cayó Sor María Angeles de San José, la cual murió al acto; luego fue herida Sor María del Pilar de San Francisco de Borja, la cual, aunque mortalmente vulnerada, pudo sin embargo susurrar: «¡Viva Cristo Rey!»; pero como daba señales de vida dispararon de nuevo sobre ella y luego la llevaron a una farmacia y de allí a una enfermería, mientras la turba gritaba: «¡Matadla, matadla!». Murió piadosamente después de besar un Crucifijo y murmuró: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». Sor María Teresa del Niño Jesús, primeramente rechazó proposiciones torpes; luego, instigada a gritar: «¡Viva el comunismo!», lo rechazó; y como exclamase con todo el ardor de su fe: «¡Viva Cristo Rey!», la asesinaron con un revólver. Aquel día se celebraba la fiesta litúrgica de las Bienaventuradas Mártires Carmelitas de la Convención.

Inmediatamente las religiosas Carmelitas y el pueblo de Dios tuvieron por mártires a aquellas tres Religiosas y no pocos comenzaron a invocar su intercesión. Creciendo la fama del martirio, las Curias episcopales, primero la de Toledo y luego la de Sigüenza, comenzaron el proceso Informativo Ordinario, que se llevó a cabo durante los años 1955-1959. El 14 de febrero de 1962 se publicó el Decreto sobre los escritos atribuidos a las Siervas de Dios. Después se emanaron los Decretos sobre el no-culto y la validez del Proceso Ordinario (día 11 noviembre 1983).

En su reunión extraordinaria del 12 de noviembre de 1985, los teólogos consultores, con feliz resultado, examinaron el supuesto martirio de aquellas tres Siervas de Dios. Luego los Padres Cardenales y Obispos, en la Congregación Ordinaria del 21 enero 1986, siendo ponente de la causa el Excmo. Cardenal Mario Luis Ciappi, decretaron que la muerte de las dichas Siervas de Dios había de ser considerada verdadero martirio se-

gún la tradicional doctrina teológica y jurídica de la Iglesia.

Hecha de todo esto fiel redacción por el susodicho Cardenal al Sumo Pontífice Juan Pablo II, Su Santidad, aceptando los votos de la Congregación, mandó que se preparara el Decreto sobre el martirio de las dichas Siervas de Dios.

Lo cual hecho, reunidos los Cardenales, el infrascrito Prefecto y Ponente de la causa y yo, Obispo Secretario de la Congregación y los demás convocados de oficio, y estando éstos presentes, el Beatísimo Padre declaró que: **Constaba del martirio y de la causa del martirio de las Siervas de**

Dios María del Pilar de San Francisco de Borja y dos Compañeras, monjas profesas de la Orden de Carmelitas Descalzas, para que, concedida la dispensa de signos o milagros, se pueda proceder a los ulteriores (requisitos) en la causa y al efecto de que se trata.

Y mandó que este Decreto se hiciera de derecho público y se registrara en el Acta de la Congregación por las Causas de los Santos.

Dado en Roma, día 22 de marzo, A.D. 1986.

Pedro, Card. Palazzini, Prefecto
Trajano Crisan, Arzob., tit. Drivastrense,
Secretario

La Iglesia estima el martirio como un don eximio y la suprema prueba de amor

(Vaticano II, L.G., 42)

¡EL MARTIRIO! HE AQUI EL SUEÑO DE MI JUVENTUD. HA IDO CRECIENDO CONMIGO BAJO LOS CLAUSTROS DEL CARMELO. MAS VEO QUE TAMBIEN ESTE SUEÑO MIO ES UNA LOCURA, PUES NO ME LIMITARIA A DESEAR UN GENERO DETERMINADO DE MARTIRIO. PARA SATISFACER MIS ANSIAS NECESITARIA PADECERLOS TODOS.

AL PENSAR EN LOS TORMENTOS QUE PADECERAN LOS CRISTIANOS EN TIEMPO DEL ANTICRISTO, MI CORAZON SALTA DE GOZO, Y DESEARIA QUE ME FUERAN RESERVADOS TALES TORMENTOS...

¡OH, JESUS! ¿DE QUE TE SERVIRAN MIS FLORES Y MIS CANTOS? ¡AH! ESTOY SEGURA DE QUE ESA LLUVIA PERFUMADA, ESOS PETALOS FRAGILES Y SIN NINGUN VALOR, ESOS CANTOS DE AMOR DEL MAS PEQUEÑO DE LOS CORAZONES TE EMBELESARAN.

SI. ESAS NADAS TE COMPLACERAN. HARAN TAMBIEN SONREIR A LA IGLESIA TRIUNFANTE, LA CUAL RECOGERA MIS FLORES DESHOJADAS POR AMOR Y LAS HARA PASAR POR TUS MANOS DIVINAS, ¡OH, JESUS!

Y UNA VEZ QUE EAS FLORES HAYAN COBRADO A TU DIVINO CONTACTO UN VALOR INFINITO, LA IGLESIA DEL CIELO, QUERIENDO JUGAR CON SU NIÑITO, LAS ARROJARA SOBRE LA IGLESIA MILITANTE, PARA HACERLE CONSEGUIR LA VICTORIA.

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS
(«Historia de un alma», cap. XI)

Fray Antonio Royo Marín O. P. condecorado por Juan Pablo II con la Medalla «Pro Ecclesia et Pontifice»

Ignacio AZCOAGA

Su Santidad Juan Pablo II se ha dignado conceder al P. Antonio Royo Marín O.P. el Diploma y Medalla «PRO ECCLESIA ET PONTIFICE EGREGIE OPERA STUDIO QUE PRAECIPUE CONSTITUTUM».

Es una de las más altas condecoraciones que la Santa Sede concede únicamente a los que han destacado «egregiamente», por sus obras y estudios, «al servicio de la Iglesia y del Romano Pontífice».

El día 7 de octubre de 1986, festividad de N.ª Sra. del Rosario, Fr. Santiago Pirallo Prieto le impuso la citada medalla en la Basílica de Atocha (Madrid) en medio de una solemne celebración Eucarística en la que el P. Royo Marín pronunció la siguiente Homilía:

«Me creo en el deber de decir unas palabras para agradecer, en primer lugar, las que acaba de pronunciar el M.R.P. Provincial, tan llenas de cariño hacia mi persona como desproporcionadas a mis pobres méritos, que son casi nulos. ¡Muchas gracias, P. Provincial, que Dios se lo pague!

Lo que no sabría expresar, aunque me lo propusiera, es mi profunda gratitud y veneración a la augusta persona de Su Santidad el Papa Juan Pablo II por el honor altísimo que para mí supone el haberme otorgado la Medalla «Pro Ecclesia et Pontifice» que estoy infinitamente lejos de merecer. El hecho de haber pronunciado unos cuantos miles de sermones y conferencias en España y en el extranjero, y de haber publicado unos cuantos libros de teología y espiritualidad en la famosa Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), no me parece suficiente motivo para que el Vicario de Cristo en la tierra y Jefe de toda la Cristiandad

me haya concedido tamaño galardón. Entonces, ¿a qué se debe tan inesperado acontecimiento?

No lo sé. Pero tal vez el Santo Padre haya querido premiar la plena, total y absoluta fidelidad al supremo Magisterio de la Iglesia, que he procurado mantener con escrupulosa tenacidad a todo lo largo de mis actividades apostólicas de palabra y por escrito. ¡Jamás, jamás he pronunciado una sola palabra o escrito una sola línea en la que me haya permitido discrepar o apartarme un solo ápice del Magisterio de la Iglesia, no sólo cuando el Papa propone «ex cathedra» una doctrina de fe —¡faltaría más!—, sino cuando a través de su Magisterio ordinario expone una determinada doctrina en forma de encíclicas, exhortaciones, alocuciones, etc., etc., incluyendo la sencilla catequesis que el Papa imparte todos los domingos desde la ventana de su habitación al rezar el «Angelus» con la muchedumbre congregada en la Plaza de San Pedro.

Y es que he tenido muy en cuenta lo que tan oportunamente recuerda el Concilio Vaticano II cuando en el número 25 de la Constitución Apostólica «Lumen gentium» sobre la Iglesia afirma rotundamente:

«El obsequio religioso de la voluntad y del entendimiento ha de prestarse de modo particular al magisterio auténtico del Romano Pontífice **aun cuando no hable «ex cathedra»**; de tal manera que se reconozca con reverencia su magisterio supremo y se preste firme adhesión al parecer expresado por él según su manifiesta mente y voluntad».

O sea, que los católicos, todos los católicos sin excepción, estamos obligados, según el Concilio Vaticano II, a **acatar y seguir fidelísimamente** el supremo magisterio del Papa aun cuando no hable «ex cathedra» sino únicamente con su magisterio ordinario, sobre todo si se trata de una verdadera **encíclica** dirigida a toda la Iglesia universal. Es, cabalmente, lo que yo he procurado hacer en todas mis actividades apostólicas de palabra o por escrito.

¡Qué pena dan algunos que, teniendo el atrevimiento y la presunción de autodenominarse «teólogos católicos», o tienen, sin embargo, ningún inconveniente ni el menor escrúpulo en disentir y aun atacar abiertamente las orientaciones del Magisterio ordinario de la Iglesia con el vano pretexto de que el Papa sólo es infalible cuando habla «ex cathedra», lo cual ocurre poquísimas veces; y con esa falaz escapatoria se creen ya con derecho a escribir artículos, pronunciar conferencias y hasta organizar «semanas teológicas» con la participación estelar de personas expresamente desautorizadas por la Iglesia. Y se da la extraña paradoja de que estos nuevos «profetas» que tanto alardean de ser auténticos «postconciliares», no solamente no cumplen lo que ordena expresamente el propio Concilio Vaticano II, pero ni tampoco —y esto es muchísimo más grave— lo que dejó establecido para siempre nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio; porque en el Evangelio consta clarísimamente que Cristo vinculó su especialísima asistencia y la del Espíritu Santo hasta el fin de los siglos **únicamente a Pedro y a los Apóstoles**, o sea, al Papa y a los Obispos, que son sus legítimos sucesores; y **no a los teólogos o exégetas** que, en cuanto tales, no gozan de ningún carisma ni de ninguna autoridad oficial en la Iglesia: absolutamente ninguna. Las palabras de Cristo en el Evangelio son terminantes y no admiten la menor duda o tergiversación. Dirigiéndose a los Apóstoles les dice:

«Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 20).

«Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (Mc 16).

«Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos» (Mt 28).

«El que os escucha a vosotros, a mí me escucha; y el que os rechaza, a mí me rechaza» (Lc 10, 16).

Y dirigiéndose concretamente a Pedro le dice:

«Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. A ti te daré las llaves del Reino de los cielos. Todo lo que ates en la tierra quedará desatado en el cielo, y todo lo que desates quedará desatado en el cielo» (Mt 16, 18-19).

«Apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas» (Jn 21, 15-17).

«Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32).

Es imposible hablar más claro y de manera más terminante. Por voluntad expresa del mismo Cristo, el Papa, sucesor legítimo de Pedro a través de los siglos, es el encargado oficialmente de **confirmar en la fe a sus hermanos**, a todos sus hermanos, o sea, a todo el pueblo cristiano sin excepción. Por eso, quienes están con el Papa están con Cristo y con la Iglesia; y quienes no están con el Papa no están con Cristo ni con la Iglesia.

He de terminar. Yo os invito a todos a pedir a Dios nos conserve muchos años la preciosa vida de Juan Pablo II para bien de la Iglesia y de toda la humanidad. Este gran Papa con su prodigiosa actividad apostólica, a través principalmente de sus continuos y fecundísimos viajes está evangelizando otra vez al mundo entero y confirmando en la fe a todos los que creemos en Cristo como Hijo de Dios y Salvador del mundo. Y pidamos también a Dios, por intercesión de la dulce Virgen María —de la que el Papa se siente **todo suyo**: «Totus tuus»— que nos conceda a todos nosotros la gracia de seguir siempre fidelísimamente las orientaciones salvadoras del Magisterio de la Iglesia, hasta tener el gozo y la alegría de repetir en los últimos momentos de nuestra vida las mismas palabras que pronunció al morir nuestra incomparable Santa Teresa de Jesús: «En fin, Señor, ¡soy hija de la Iglesia, muero hija de la Iglesia! Que así sea.» (P. Royo Marín).

Desde estas líneas queremos dar gracias a Dios por la concesión de tan singular galardón a la ingente tarea llevada a cabo por el P. Royo Marín en el campo de la teología y de la espiritualidad por medio de sus obras, enseñanzas, conferencias y predicaciones que han tenido lugar, no sólo en España, en donde ha predicado en todas las capitales de provincia, sino también en el extranjero, siendo de destacar en su labor la fidelidad al Magisterio de la Iglesia y en su exposición teológica, el seguir a Santo Tomás de Aquino.

Es obligado recordar, en estas líneas, sus principales obras que tanto bien han hecho y hacen y en particular a los miembros de Schola Cordis Iesu, en cuyas reuniones de formación se han estudiado algunas de ellas.

— «Dios y su obra» BAC (1963). En esta obra el Padre Royo Marín, siguiendo el esquema de la Suma Teológica, expone los tratados «de Deo uno et Trino» y el «de Deo creatore». Que en definitiva constituye la primera parte de la Suma Teológica.

— «Teología Moral para seglares» BAC (Tomo I, 1979, 5.ª ed. y Tomo II, 1973, 4.ª ed.). En donde, siguiendo la primera parte de la segunda de la Suma Teológica, trata de la moral en general, el fin último del hombre, los actos humanos, la ley, a gracia, las virtudes. Después continúa con la segunda parte de la segunda parte de la Suma Teológica, estudiando las virtudes teologales y los deberes para con los semejantes. En el segundo tomo se dedica a exponer la doctrina sobre los sacramentos.

— «Jesucristo y la vida cristiana» BAC (1961). En esta obra, siguiendo el esquema de la Suma Teológica, explica el tratado del «Verbo Encarnado» que es precisamente la tercera parte de la Suma Teológica.

— «Teología de la perfección cristiana» BAC (1968, 5.ª edic.). En esta obra explica de modo magistral lo concerniente a la vida sobrenatural, lo que atenta contra ella, que es el pecado, y su esencia que es la gracia santificante. Examina la vida de gracia: los sacramentos, las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, la vida de oración, la perfección cristiana en los diferentes estados y finalmente una parte dedicada a los fenómenos místicos extraordinarios.

— «Espiritualidad de los seglares» BAC (1967). En ella, tras explicar los fundamentos de la vida cristiana, la vida eclesial, sacramental y teologal, pasa a considerar los aspectos de la vida familiar y social en la práctica cristiana.

— «Los grandes Maestros de la vida espiritual» BAC (1973). Como reza el subtítulo de la obra se trata de una historia de la espiritualidad cristiana mostrando las diferentes escuelas de vida espiritual desde la edad antigua hasta la contemporánea, explicando la espiritualidad de los Grandes Maestros de los que tan necesitados estamos hoy día. Habla de las escuelas agustiniana, franciscana, ignaciana, benedictina, dominicana, carmelitana, etc., por citar algunas.

— «Teología de la caridad» BAC (1966, 2.ª edic.). Es un estudio exhaustivo de la virtud de la caridad, primero en general y después en particular en cuanto el Amor a Dios y amor al prójimo.

— «Teología de la Salvación» BAC (1965, 3.ª edic.). El autor explica en esta obra el vital tema de la salvación, su posibilidad, los medios para alcanzarla, la perseverancia final. Después examina la filosofía del más allá para dedicar una última parte al tema que tradicionalmente se le conoce por «los novísimos».

— «La Virgen María» BAC (1968). Es una exposición de la doctrina de la Iglesia sobre la Virgen María y tras describir la vida de la Virgen, siguiendo los datos Evangélicos y de la Tradición, dedica, después, una parte a explicar los dogmas marianos, luego expone la vida espiritual de la Virgen a la luz de la doctrina anteriormente explicada y finaliza la obra con la devoción a la Virgen y un apéndice dedicado a San José.

— «Teología de la Esperanza» BAC (1976, 3.ª edic.). Consta de dos partes, una dedicada a examinar en qué consiste el fin último del hombre visto desde la razón y desde la fe y una segunda parte dedicada a efectuar un análisis pormenorizado de la virtud teologal de la Esperanza.

— «La fe de la Iglesia» BAC (1979, 4.ª edic.). Esta obra consta de dos partes, en la primera explica en general la virtud teologal de la fe siguiendo el esquema de la segunda parte de la segunda parte de la Suma Teológica y en la otra expone las verdades fundamentales de la fe cristiana.

— «Doctoras de la Iglesia» BAC (1979, 3.ª edic.). En esta obra el P. Royo Marín expone la doctrina de Santa Teresa y la de Santa Catalina de Siena por lo que fueron proclamadas por Pablo VI doctoras de la Iglesia Universal.

— «El Gran Desconocido» BAC (1981, 5.ª edic.). Obra en la que hasta es original el título, dedicada a explicar la doctrina sobre el Espíritu Santo. Nótese la actualidad de esta obra, dado que en la última Encíclica, el Papa Juan Pablo II trata sobre la fe de la Iglesia en el Espíritu Santo y el papel del mismo en la vida de la Iglesia. Trata, además, de los dones y frutos de Espíritu Santo así como la relación con las virtudes y las Bienaventuranzas siguiendo la doctrina del angélico.

— «La oración del Cristiano» BAC (1975). Una obra más de meditación que de estudio y que trata sobre la oración dominical. Comienza con una primera parte en la que explica la oración en ge-

neral para pasar después a exponer cada una de las peticiones de la sin igual oración dominical y siguiendo la línea de San Agustín y de Santo Tomás muestra que hasta el mismo orden de las peticiones no podía ser más perfecto como corresponde al hecho de ser la oración enseñada por el propio Jesucristo.

— «Somos Hijos de Dios» BAC (1977). Una obra vital y necesaria para su lectura y meditación en los tiempos en que nos ha tocado vivir, pues a excepción de las exposiciones del Magisterio de la Iglesia y otras honrosas excepciones, es infrecuente que en las homilias de los domingos se oiga predicar sobre la vida de la gracia, doctrina revelada por el propio Jesucristo. La obra trata de la teología de la gracia, del crecimiento y desarrollo de la misma y finalmente de las diferentes etapas en la vida de la gracia.

— «Una oración espléndida» Ed. Palabra. Esta obra, publicada en 1984, la última, por el momento, es una explicación detenida y en clave teológica de una oración de un fiel cristiano dedicada a la Santísima Trinidad y en la que se encuentran expresados no sólo los dogmas fundamentales de la fe cristiana sino también los elementos princi-

pales de la vida espiritual en sus grados de mayor elevación.

— Además de estas obras hay que recordar «El mundo de hoy» RIALP. «Nada te turbe, nada te espante» PALABRA. «El sacramento del perdón» BAC. «La vida religiosa» BAC. «Las siete palabras».

El conjunto de estas obras permite a todo cristiano, pero en particular a los que van a estudiar teología para prepararse para el sacerdocio, encontrar un lugar idóneo donde se halla explicada la doctrina verdadera fundada en la revelación y en el Magisterio de la Iglesia y que conduce a alcanzar una formación sólida y fundada en la fe. Por otra parte, estudiando la obra del Padre Royo Marín, el teólogo cumple la prescripción del Concilio Vaticano II en su Decreto «Optatum Totius» sobre la formación sacerdotal, cuando dice:

«... para ilustrar de la forma más completa posible los misterios de la salvación, aprendan los alumnos a profundizar en ellos y a descubrir su conexión, por medio de la especulación, bajo el magisterio de Santo Tomás» («Optatum totius» n.º 16).

NADA TE TURBE

**Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda,
La paciencia**

**Todo lo alcanza;
Quien a Dios tiene
Nada le falta:
Sólo Dios basta.**

SANTA TERESA DE JESUS

María y el Corazón de Jesús

Invocaciones de Juan Pablo II en Paray-le-Monial, 5-X-86

Al final de esta celebración ha llegado el momento del «Angelus». Invoquemos a la Santísima Virgen María, que respondió al anuncio del ángel con la plena disponibilidad de su fe.

María, hija de Israel, Tú has proclamado la misericordia ofrecida a los hombres, de edad en edad, por el amor misericordioso del Padre.

María, Virgen Santa, Sierva del Señor, Tú has llevado en tu seno el fruto precioso de la Misericordia divina.

María, Tú que has guardado en tu corazón las Palabras de salvación, testimonias ante el mundo la absoluta fidelidad de Dios a su amor.

María, Tú que seguiste a tu Hijo Jesús hasta el pie de la Cruz con el «Fiat» de tu corazón de madre, te adheriste sin reserva al sacrificio redentor.

María, Madre de misericordia, muestra a tus hijos el Corazón de Jesús, que Tú viste abierto para ser siempre fuente de vida.

María, presente en medio de los discípulos, Tú haces cercano a nosotros el amor vivificante de tu Hijo resucitado.

María, Madre atenta a los peligros y a las pruebas de los hermanos de tu Hijo, Tú no cesas de conducirles por el camino de la salvación.

María, Tú que has mostrado el Corazón de tu Hijo a Margarita María en este lugar, concédenos seguir su ejemplo de humilde fidelidad a su amor.

CRISTIANDAD

LAURIA, 19, 2.º, 1.º
TELEFONO 317 47 33
08010 BARCELONA

Suscripción anual para España	1.500 pesetas
Suscripción extranjero	15 dólares
Precio del número suelto	300 pesetas